EDITORIAL ANDRÉS BELLO



Con doce veloces naves partió Ulises después de destruir la sagrada ciudad de Troya hacia su patria, Itaca, que se ve desde lejos, deseando ver nuevamente a su esposa Penélope y a su hijo Telémaco, que había dejado cuando era apenas un niño.

Pero por designio de los dioses peregrinó larguísimo tiempo por el espumoso mar. Conoció las costumbres de muchos hombres, vio terribles y fantásticas poblaciones y padeció multitud de trabajos cuando la furia de Poseidón, que sacude la tierra, conmovió sin dar descanso el mar inmenso.





ISBN 978-987-1306-25-1



EDITORIAL ANDRÉS BELLO

NUEVA EDICIÓN

HOMERO

LA ODISEA

PRÓLOGO



Entre los poetas de la Grecia arcaica cuyo nombre se recuerda, Homero fue el más antiguo y conocido. No se sabe a ciencia cierta cuándo ni dónde vivió, pero respecto de él se contaban diversas historias que los griegos creían verdaderas.

Se dice que al final de su vida estaba ciego y pobre, pero que continuaba su recorrido por ciudades y campos griegos cantando su maravillosa poesía. Algunos autores estiman que vivió en el siglo VIII antes de Cristo.

En una época en que casi nadie sabía leer ni escribir existían trovadores ambulantes que, de ciudad en ciudad, cantaban largos poemas, narrando acontecimientos de la prehistoria del pueblo griego. Entre ellos, Homero fue el más famoso, y los poemas que se le atribuyen, *La Ilíada* y *La Odisea*, han llegado hasta nosotros. Ellos constituyen los primeros poemas heroicos occidentales y son tan atrayentes

para el lector moderno como lo fueron para los antiguos griegos. *La Ilíada** narra un episodio del sitio de Troya, una guerra que duró diez años y en la cual los príncipes de los distintos Estados griegos sitiaron y destruyeron aquella ciudad.

Troya fue tomada porque los griegos, incapaces de derribar sus murallas, fingieron retirarse y dejaron como regalo para los sitiados un gran caballo de madera en cuyo interior se ocultaban guerreros. Los troyanos lo introdujeron en la ciudad, como señal de triunfo, pero durante la noche, los soldados que habían permanecido escondidos dentro del artefacto sin ser descubiertos, salieron sigilosamente, abrieron las puertas de la fortaleza y permitieron el ingreso del resto del ejército.

Así destruyeron Troya y, terminada la guerra, los príncipes griegos emprendieron el camino de regreso a sus países. Entre ellos se encontraba Odiseo –o Ulises, que es el nombre latino, y que por ser más conocido hemos preferido conservar–. Se lo conocía como "el astuto Ulises" por su prodigalidad de recursos, entre ellos, la idea del caballo de madera.

La Odisea narra las aventuras que afrontó Ulises para volver a su país natal. Era rey de Itaca, una isla situada al oeste de la Grecia continental, y en ella lo esperaban su mujer Penélope y su hijo Telémaco. En sus pequeños

---

* Otro título de esta colección.

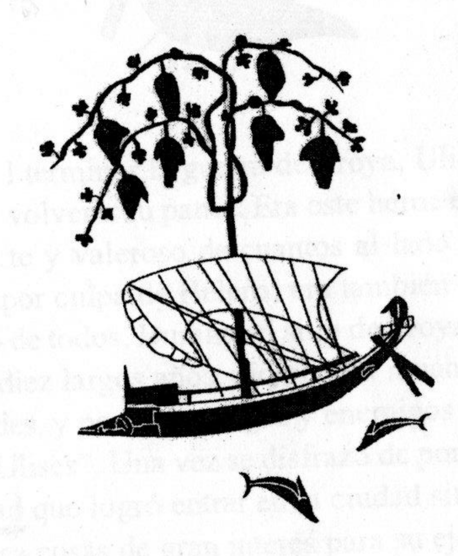
barcos, los griegos de esa época navegaban, por lo general, sin perder de vista la tierra y el viaje habría demorado normalmente dos o tres semanas; sin embargo, Ulises tardó diez años en volver a Itaca. Las aventuras e infortunios que causaron esta increíble demora constituyen el tema de *La Odisea*. Los griegos, dentro de su fantasía, hacían participar a sus dioses en los acontecimientos humanos. Por eso, en *La Odisea* aparece Poseidón, el dios del mar, como el principal enemigo de Ulises y que quiere destruirlo; en cambio, Atenea, diosa de la sabiduría, se empeñaba en salvarlo.

Si pensamos que los barcos griegos de ese tiempo eran muy pequeños y eran impulsados por una sola vela y un grupo de remeros, se comprende el enorme desafío que representaba un dilatado viaje por mar y los derroteros inesperados a los que serían arrastrados por los vientos y las corrientes.

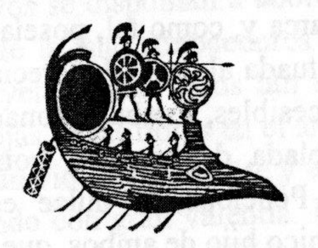
Por fantásticas que parezcan las aventuras narradas en *La Odisea*, no son, sin embargo, pura imaginación. Geógrafos y viajeros modernos, como Ernle Bradford, entre otros, han creído reconstruir con bastante exactitud gran parte de las travesías de Ulises en el mar Mediterráneo.

Pero independientemente de la realidad histórica, *La Odisea* constituye un viaje de amor y de peligro, de entereza y constancia, que la ubican más allá de cualquier época. En el "mundo de Ulises" estarán siempre mezclados las aventuras marinas, las intrigas de palacio y el poder de la determinación humana.

LA ODISEA



I
LA VUELTA DE ULISES



Al terminar la guerra de Troya, Ulises decidió volver a su patria. Era este héroe el más fuerte y valeroso de cuantos al lado de Agamenón lucharan por culpa de Helena; era también el más prudente y astuto de todos. Durante el sitio de Troya, que como se sabe duró diez largos años, dio prueba muchas veces de estas cualidades, y por eso, amigos y enemigos lo llamaron "el prudente Ulises". Una vez se disfrazó de pordiosero con tanta habilidad que logró entrar en la ciudad sitiada, observando de cerca cosas de gran interés para su ejército. Pero, cuando se disponía a salir de la ciudad, los enemigos lo reconocieron y debió enfrentarlos con valor y abrirse paso con su espada. Muchos troyanos cayeron aquel día por la fuerza de su brazo, pero él llegó sano y salvo hasta las naves griegas que lo aguardaban. Cientos de hazañas como ésta se contaban del prudente Ulises.

Ahora, terminado el sitio de Troya, poseedores los griegos del rico botín que aguardaban, Ulises pensó en regresar a su patria, la más lejana de todas cuantas habían enviado a sus héroes al sitio de Troya. Ulises era un alto y poderoso monarca y, como tal, poseía un reino, Itaca, una pequeña isla situada al oeste de Grecia. Esta isla, formada por rocas inaccesibles, estaba coronada por una montaña altísima y poblada de bosques frondosos. En ella habían quedado Penélope, la dulce esposa del héroe, y Telémaco, el único hijo de ambos, que era un niño de corta edad cuando su padre partió a la guerra. También el abuelo de Telémaco, padre de Ulises, había quedado en la isla al cuidado de la esposa y de su nieto muy amado.

Al embarcar Ulises en la nave de afilada proa para partir hacia su patria, el corazón le latía violentamente de gozo. Recordaba con el mayor cariño a su anciano padre, a su dulce esposa y a su tierno hijo y, pensando en ellos y en la bella patria todavía lejana, sus ojos se inundaron de lágrimas. Pensaba con júbilo en el momento en que pisara de nuevo aquella tierra para él bendita y en el instante en que los brazos de Penélope se anudaran a su cuello y el niño le ofreciera su carita para que la besara. Pero no le fue dado lograr esta dicha hasta que transcurrió largo tiempo. El espíritu guerrero de Ulises y aquellos diez últimos años pasados en continua guerra eran causa de que no pudiera su espada permanecer tranquila en la vaina y, doquiera que fuera, lo acompañaban la lucha y el combate.

En la isla de los cicones, situada en la antigua Tracia, adonde los vientos lo llevaron en su travesía, junto con sus compañeros obtuvieron un riquísimo botín. Cuando llegara a su patria, Ulises quería ofrendárselo a su esposa. Pero cuando él y los suyos se disponían a abordar las naves, la gente del interior de la isla, conocedores de su presencia y de su ataque, cayeron sobre ellos tan espesos –dice el poeta– como las hojas de las flores en el árbol.

Se trabó así un violento combate y todo el día lucharon uno y otro bando con gran valentía. Los cicones eran muchos y los navegantes, pocos; así, éstos fueron vencidos. Pero Ulises y algunos de sus hombres lograron alcanzar sus naves, mas sin el rico botín y con la gran pérdida de muchos de los que los acompañaban.

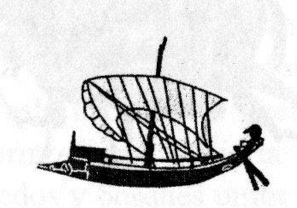
Se hicieron a la mar afligidos todavía por la cruel derrota. Y entonces, como si el cielo quisiera castigarlos por su osadía, estalló una tempestad espantosa; enormes torrentes de agua hinchaban las olas; las naves griegas fueron empujadas por el viento hasta alta mar, y las velas, hechas mil jirones, arrebatadas de los mástiles. Dos largos días lucharon los navegantes entre el mar y el cielo y, al cabo del tercero, vieron, por fin, el iris de paz.

Después de reparar los desperfectos de las naves y de arbolar velas nuevas, pudieron, con viento en popa, emprender de nuevo la ruta hacia Itaca. Sin embargo, no tardó el tiempo en serles otra vez desfavorable. Un violento viento norte los desvió una vez más de su derrotero y empujó

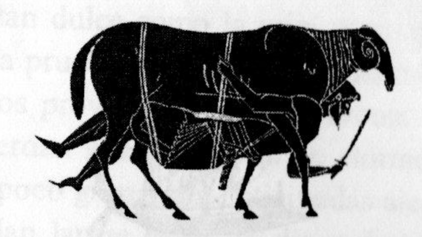
las naves siempre mar adentro. Avanzaron durante nueve largos días, sin rumbo y, al décimo, llegaron a la isla de los lotófagos. Éste era el nombre que recibían los habitantes de aquel país, porque se alimentan con la flor del loto, que es al paladar tan dulce como la miel, pero que hace olvidar a los que la prueban lo mismo el pasado cercano como el remoto, y los proyectos para el porvenir. Así, los lotófagos no recuerdan sus deberes ni se atormentan con sus pesares, y tampoco gozan con anticipadas alegrías. Se dice que permanecían largas horas de día y de noche echados perezosamente en el suelo, felices y descuidados, soñando sus sueños.

Los largos días de lucha con los elementos habían agotado la provisión de agua que llevaban las naves de Ulises. Ante esta situación, al descubrir la isla de los lotófagos a lo lejos, Ulises ordenó a sus hombres que pusieran rumbo a ella para enterarse de qué gente la habitaba y para saber si allí podrían aprovisionarse convenientemente. Él permaneció en el barco esperando las noticias. Los lotófagos recibieron con gran amabilidad a los navegantes, y no sólo les dieron el agua que requerían sino que les dieron a probar el dulcísimo fruto que constituía su único alimento. Luego de comerlo, los hombres de Ulises olvidaron a su jefe, olvidaron su deber, olvidaron la tierra prometida de Itaca y olvidaron, en fin, que debían regresar a las naves. Sólo se tendieron en el suelo, entre los bosques, como los habitantes de la ciudad, y únicamente desearon quedarse

para siempre en aquel lugar delicioso, saborear de nuevo la flor del loto que hace olvidar penas y peligros, y dedicarse a soñar aquellos gratísimos sueños de felicidad.



II
ULISES Y LOS CÍCLOPES



Ulises aguardó durante largo tiempo el regreso de sus hombres; pero, al ver que las horas pasaban sin que los navegantes retornaran a los barcos, empezó a inquietarse y temió que hubieran caído en alguna emboscada de los naturales del país. Descendió de la nave y se internó a su vez en la isla, sin ser visto. No tardó en darse cuenta de lo que les ocurría a sus guerreros al verlos dormidos y al observar que no querían apartarse de aquellos lugares por nada del mundo. Empero, Ulises aún contaba con los remeros del barco que no habían bajado a la isla. Con la ayuda de éstos –no sin antes prohibirles que comieran de la flor funesta–, arrancó de aquel lugar a los otros navegantes, los hizo llevar hasta las naves, los ató fuertemente a los bancos de los remeros y dio orden de partir inmediatamente para impedir que ninguno volviera a comer la flor del loto, que hace olvidar penas, deberes y amor. Y aquellos hombres, recordando ahora sus sueños dichosos, iban llorando por tener que abandonar aquel maravilloso lugar.

Las naves de Ulises siguieron su ruta, cortando con la afilada proa las encrespadas olas. Durante largos días navegaron con buen viento hasta que alcanzaron a divisar una hermosa isla, en la que Ulises quiso detenerse.

En aquella isla habitaba el pueblo de los cíclopes; era una tierra hermosísima, cubierta de fértiles campos, de generosos viñedos y bosques umbrosos. Había también en sus orillas un hermoso puerto natural, y, en el extremo de la tierra que lo formaba, una fuente de agua purísima, rodeada de árboles frondosos que daban una sombra generosa. Aquel puerto natural, refugio de las naves que por allí pasaban, inspiró a Ulises el vivo deseo de hacer un alto en aquel país.

Pero hay que saber que los cíclopes, o sea los habitantes de aquella isla, eran un pueblo salvaje de gigantes enormes que vivían en cavernas sin reconocer ley ni jefe, ni confiar en los dioses; que no se tomaban el trabajo de cultivar las fértiles tierras, tan generosas, sin embargo, que les daban ricas cosechas de trigo y de cebada, al mismo tiempo que los viñedos espléndidos les proporcionaban el más exquisito de los vinos.

Cuando Ulises llegó con sus hombres al país de los cíclopes era de noche y no había luna. No obstante, pudo anclar en la orilla perfectamente y dormir con tranquilidad

hasta que despuntó la aurora. Entonces, él y sus hombres empezaron a explorar la isla, en la que hallaron numerosos animales, habitantes únicos de los bosques; cazaron algunos y con su carne prepararon un gran festín. Mientras comían, vieron que en el interior de aquella tierra se elevaba al cielo una multitud de pequeñas columnas de humo y oyeron voces de hombres y balidos de ovejas. Ulises y sus guerreros pasaron el día regalándose con los frutos del rico país y, al llegar la noche, de nuevo durmieron sobre la arena tranquilamente, sin que nadie los molestara. Al despuntar otra vez la nueva aurora, Ulises dijo a sus hombres:

–Vuelvan a las naves, mientras yo, con algunos de los nuestros, me interno en esta tierra para ver qué clase de gente la habita.

Así lo hicieron los navegantes, y Ulises, en compañía de los doce héroes más valientes con que contaba, se adentró en la tierra de los cíclopes. No tardaron en ver una gran cueva cuya entrada permanecía oculta por un espeso ramaje de laurel, semejante a las que hacen los pastores para guardar su ganado, rodeada por una cerca alta de troncos gruesos y piedras inmensas.

Ulises, llevando un pellejo de cabra lleno de vino riquísimo, tan dulce como la miel, y una bolsa bien repleta con la caza conseguida el día anterior, entró en la cueva. El recinto era la guarida de un horrible gigante, tan espantoso como es difícil imaginar; su estatura era colosal y su corpulencia, como la de una mole de piedra. En medio de la

frente tenía un solo ojo que espantaba el ánimo de quien lo mirara. Era el hijo predilecto de Poseidón, dios del mar, que se llamaba Polifemo y se ocupaba en guardar sus rebaños y en hacer quesos con la leche que sus cabras le daban.

Cuando Ulises y sus hombres entraron en la cueva de Polifemo el gigante no estaba allí. Tampoco estaba el rebaño, al cual había ido a apacentar en sus fértiles campos. Sólo permanecían allí los cabritos más tiernos.

Las paredes de la cueva estaban cubiertas de estantes con quesos riquísimos y por todas partes se veía esparcida una multitud de tarros y ollas, en los que el gigante guardaba la leche. Los compañeros de Ulises hablaron así a su jefe:

–¿Por qué no nos apoderamos de estas cosas y las llevamos a la nave? También algunos de nosotros podríamos volver para llevarnos los cabritos, y así no saldríamos de este país sin algún botín.

Pero Ulises era generoso y no le gustaba portarse como un ladrón. Él retenía para sí el botín ganado en la guerra y en la lucha legítima, pero desdeñaba tales raterías. No hizo caso, pues, a las insinuaciones de sus hombres, y les dijo que su intención era aguardar a que el gigante volviera para proponerle que lo tratara como amigo; le ofrecería el vino y las viandas que ellos llevaban a cambio de los bienes que el cíclope quisiera darle voluntariamente.

Los hombres, sumisos siempre a los mandatos del héroe, callaron, y en espera de que volviera el gigante, encen-

dieron una hoguera, se sentaron en torno y se entretuvieron comiendo queso y bebiendo vino.

El gigante tardó en regresar; recién hacia la caída de la tarde lo vieron llegar conduciendo sus numerosos rebaños; sus hombros soportaban un enorme haz de leña, tan grande que parecía que había cortado un bosque entero.

Apenas entró en la cueva, Polifemo, con una sola mano, levantó su pesada carga y la arrojó al suelo, haciendo un ruido tan tremendo que Ulises y sus hombres, sin poder contener su espanto, fueron a ocultarse en los rincones más apartados de la cueva.

Detrás del gigante entraron también, durante largo rato, las cabras y ovejas. Después, Polifemo, sin esfuerzo alguno, levantó una piedra tan enorme que veinte caballos no hubieran podido arrastrarla y cerró con ella la puerta de la cueva. Así, quedaron encerrados también allí el prudente Ulises y sus doce hombres.

Sin advertir su presencia, Polifemo empezó a ordeñar uno por uno a sus animales y colocó a los corderillos junto a sus madres para que mamaran. Puso la mitad de la leche ordeñada en unas ollas enormes para hacer con ella sus quesos, y la restante la dejó a un lado, en una vasija muy grande, para bebérsela mientras comía. Luego encendió una hoguera tan grande que en ella se hubieran podido asar siete bueyes.

Las llamas llegaron al techo e iluminaron con su resplandor hasta los más ocultos recovecos de la cueva.

Así, a la luz de la llama, el gigante advirtió la presencia de Ulises y sus hombres. Sorprendido y furioso, con voz escalofriante, bramó:

–¡¿De dónde son ustedes, de dónde vinieron, extranjeros?! ¡¿Son mercaderes, marinos o piratas?! ¡¿Qué vienen a hacer a mi cueva?!

La voz del gigante atronaba de tal modo los ámbitos de la cueva que los hombres de Ulises sintieron un inmenso terror. Pero el héroe, repuesto ya de la primera impresión que le causara el espantoso aspecto del gigante, le contestó:

–Somos guerreros del rey Agamenón de Grecia, y volvemos de Troya, donde hemos luchado por nuestro rey. Nos dirigíamos a nuestra patria cuando los vientos nos han empujado hacia esta isla. A tus pies te rogamos nos des la hospitalidad que nuestro dios omnipotente Zeus ordena que se conceda a los extranjeros.

Pero el gigante, cruel como todos los de su raza, comprendiendo que nada tenía que temer de aquellos guerreros minúsculos, sonrió desdeñoso y le respondió:

–Los cíclopes no tememos a los dioses, y por lo tanto no acatamos en nada sus órdenes. Y ahora dime, extranjero, ¿qué los ha obligado a salir de su nave? ¿Por qué están aquí? ¿Está anclada cerca de estos lugares o al otro extremo de la isla la nave que hasta aquí los trajo?

Ulises, siempre y ante todo prudente, comprendió que el gigante le hacía estas preguntas con el ánimo de apo-

derarse de los hombres que en la nave pudieran quedar. Y entonces contestó:

–La tempestad ha destrozado nuestras naves. Sólo estos hombres y yo hemos podido escapar del naufragio.

Entonces Ulises y sus hombres vieron avanzar hacia ellos la enorme mole humana de Polifemo. Éste, con una sola mano, levantó a dos de los navegantes y les golpeó la cabeza contra el suelo hasta rompérsela. Después los abrió por la mitad, los asó en la llama de la hoguera y, cuando estuvieron a punto, los devoró sin dejar ni los huesos. Mientras comía, bebía largos tragos de leche y, cuando estuvo satisfecho su apetito, se tendió en el suelo de la cueva y se quedó profundamente dormido.

Mientras todo esto ocurría delante de sus ojos, Ulises y los diez compañeros que quedaban vivos permanecían paralizados por el espanto, verdaderamente horrorizados ante la escena cruel y bárbara que acababan de presenciar y ante la muerte espantosa de sus amigos y compañeros de armas.

Pero Ulises, valiente como era, al ver al gigante dormido ordenó a sus hombres reunirse y juntos empezaron a fraguar planes para salvarse de la muerte que con seguridad los aguardaba. Lo primero que les propuso fue, naturalmente, lo que hace un guerrero: desenvainar la espada y clavarla en el pecho de Polifemo. Sin embargo, Ulises enseguida advirtió un impedimento, y éste era la enorme piedra que cubría la entrada que, de tan pesada, ni cincuenta hombres

hubieran podido moverla. ¿Qué pasaría, pues, cuando el gigante muriera? Ellos tampoco se salvarían, pues quedarían allí encerrados como en una ratonera y, terminadas las provisiones de queso, acabarían por perecer de hambre. Así permanecieron toda la larga noche, lamentando su triste suerte y elucubrando planes para su salvación, aunque sin hallar ninguno que los satisficiera.

Apenas despuntó el día, el gigante se despertó, encendió de nuevo una inmensa hoguera, ordenó sus ovejas y puso al lado de cada una su corderillo. Después, como hiciera la noche anterior, mató a dos hombres, los abrió, los asó en la llama de la hoguera y los desayunó tranquilamente. Enseguida levantó la enorme mole de piedra que tapaba la entrada de la cueva, hizo salir el rebaño, salió él y volvió a colocar en la entrada la puerta infranqueable.

Los pobres navegantes y el prudente Ulises quedaron de nuevo encerrados en aquel antro oscuro, seguros ya de la triste suerte que les tocaría en cuanto el gigante volviera. En vano hacían mil planes, se consultaban, se torturaban, buscando hallar no sólo la huida, sino también el modo de vengar a sus cuatro desgraciados compañeros. En estas deliberaciones permanecieron largo tiempo. Por fin, Ulises, que hacía un buen rato que estaba silencioso y pensativo, comunicó a los navegantes su plan. Cerca de la hoguera había un gran tronco de olivo, tan alto como el mástil de una nave, que una vez seco serviría a Polifemo de cayado. Siguiendo siempre las órdenes de Ulises, los navegantes cortaron

una parte del tronco. El héroe, con gran habilidad, afiló uno de sus extremos hasta formar una larga punta y después la endureció en el fuego de la hoguera. Hecho esto, ocultó el tronco donde el gigante, a su llegada, no pudiese verlo. Había que decidir ahora cuáles de los navegantes ayudarían a Ulises a hundir la punta del palo candente en el único ojo de Polifemo cuando a éste lo rindiera el sueño. Lo echaron a la suerte, y he aquí que la suerte señaló, precisamente, a los cuatro hombres que Ulises deseaba que lo ayudaran.

A la misma hora que el día anterior, al atardecer, regresó el gigante seguido de su rebaño, al que, como de costumbre, encerró en la cueva. Levantó la gran piedra de la entrada, ordenó a sus ovejas y colocó junto a ellas a los corderitos pequeños. Cuando terminó, eligió a dos hombres y los asó para la cena. Cuando terminó su horrible festín, Ulises avanzó solo desde el oscuro rincón de la cueva en que se hallaba y se acercó al gigante, llevando en las manos una copa de rico vino.

–Algo te falta después de tu festín de carne humana –dijo el héroe a Polifemo–. Prueba este licor que traíamos en abundancia en nuestra nave.

Cuando Polifemo probó el rico vino de los griegos, chasqueó la lengua con delicia y comprobó que jamás había bebido algo tan exquisito. Con voz atronadora, que en vano intentaba dulcificar la extraordinaria sensación experimentada, le gritó a Ulises:

–Me gusta el vino, extranjero. Dame más y dime cómo lo llamas. Quiero recompensarte. Aunque los viñedos de esta tierra producen enorme cantidad de vino, debo confesarte que jamás había probado néctar como el tuyo.

Ulises, que nada deseaba tanto como que el gigante se embriagara, le sirvió del rico vino una y otra y otra vez hasta que Polifemo se tendió en el suelo completamente ebrio. Entonces Ulises le dijo:

–Puesto que eres tan generoso que quieres recompensarme, te diré mi nombre. Me llamo "Nadie" y así me conocen mi familia y los hombres que están a mis órdenes.

El gigante se echo a reír y contestó con crueldad:

–Pues bien, amigo Nadie, como he dicho, quiero recompensarte: primero me comeré a todos tus compañeros y te dejaré a ti para lo último.

Lanzó una gran carcajada y, como el vino lo había embriagado, se tendió cuan largo era y se quedó profundamente dormido. Al ver a Polifemo echado en el suelo, embriagado, rendido, Ulises se apresuró a llamar a sus hombres, reanimándolos con sus palabras y despertando en ellos el valor perdido. Juntos corrieron entonces todos a buscar el palo que habían escondido; expusieron la punta aguda al fuego hasta que quedó roja. Después, Ulises y cuatro hombres más, con todas sus fuerzas, lo hundieron en el horrible ojo de Polifemo. Y algo espantoso sucedió: Ulises, al recordar la crueldad del gigante y la muerte horrible de sus guerreros más queridos, teniendo clavada

la estaca en el ojo del cíclope, comenzó a removerla hasta lograr que la sangre saliera a borbotones del ojo y que éste se vaciara.

Polifemo se puso de pie, lanzando gritos roncos como truenos y gemidos estridentes, que hicieron retroceder a Ulises y a sus compañeros hasta los rincones más apartados de la cueva. De verdad imponía pavor el aspecto del gigante con el ojo vacío, del que colgaba todavía la estaca roja encendida y cubierta de sangre. Sin dejar de dar voces, Polifemo logró arrancarse el palo candente; lo arrojó a gran distancia y llamó con formidables gritos a sus hermanos, los otros cíclopes, que habitaban en las cercanías, en cuevas semejantes a la de Polifemo.

Los cíclopes acudieron rápido y le preguntaron a Polifemo:

–¿Qué te sucede, hermano? ¿Por qué nos despiertas con esos gritos? ¿Es que te han herido o algún ladrón se ha apoderado de tus rebaños?

Entonces Polifemo, ciego, desconsolado, gritó con voz tonante, y ansioso de venganza:

–¡Nadie me ha herido a traición!

Y los cíclopes le contestaron:

–Pues, si tú mismo dices que nadie te ha herido, entonces no sabemos por qué gritas así y en nada podemos ayudarte.

Y dicho esto, como todos los cíclopes eran hombres crueles, que no se conmovían con el dolor ajeno, se marcharon tranquilamente a sus cuevas y dejaron allí a Polifemo, rugiendo de dolor y de ira.

El gigante buscó entonces en vano a los que lo habían herido. Como estaba ciego, los astutos griegos podían perfectamente esquivar su persecución. El gigante, entonces, comprendió que era en vano que los buscara, y decidió que por lo menos no se escaparían de la cueva. Siempre a tientas, halló la gran piedra que cerraba la entrada y la apartó con su fuerza hercúlea. Después se sentó él mismo en el lugar de la piedra, atravesado en la entrada con los brazos abiertos para atrapar a los navegantes cuando pretendieran escaparse. Pero transcurrieron largas horas y el sueño lo sorprendió así. Entonces, nuevamente Ulises y sus compañeros se reunieron a deliberar y encontrar el modo de recobrar su libertad.

Y he aquí que Ulises, con su ingenio de siempre, creyó hallar un medio de fuga. En los rebaños del gigante había carneros muy grandes y fuertes, de espeso vellón negro. Con varias varas de mimbre que encontró desparramadas en la cueva, Ulises trenzó una cuerda muy fuerte y sujetó de tres en tres varios grupos de carneros; después, también con mimbre, ató a cada uno de sus hombres debajo del vientre del carnero que quedaba en el centro del grupo. Él mismo se colgó de igual forma que sus compañeros debajo del carnero más alto y más fuerte. Y así, en tan incómoda posición, los navegantes aguardaron con paciencia a que el alba rompiera. Apenas despuntó la aurora, las ovejas empezaron

a balar y los carnerillos a impacientarse, deseosos de salir a pacer en los campos verdes.

Entonces Polifemo se despertó, disponiéndose a salir con sus rebaños. Según salían por la puerta los animales, Polifemo les pasaba la mano por encima del lomo sospechando que los hombres de Ulises tratarían de escapar montados en ellos, sin imaginar que era debajo donde se ocultaban.

Y sucedió que el carnero que llevaba a Ulises fue el último en pasar a causa de que la carga que llevaba era muy pesada. Como había hecho con los otros, Polifemo pasó la mano por encima del lomo de este carnero, que era su predilecto, y le dijo:

–Tú, que siempre eras el primero en salir de la cueva, en guiar a tus compañeros, en buscar para ellos y para ti los pastos más verdes y las aguas más cristalinas, ¿cómo es que ahora eres el último? Sin duda, te entristece ver que Nadie se ha burlado de mí hiriéndome a traición y vaciándome mi único ojo. Si pudieras hablar, carnero mío, sin duda me dirías el lugar en que mi enemigo se oculta, para que yo pudiera aplastarlo con mis manos.

Mientras el gigante pronunciaba estas terribles palabras, Ulises lo escuchaba y permanecía muy quieto, riéndose para sus adentros. Lentamente, todos los animales de Polifemo fueron saliendo de la cueva, dirigiéndose a los prados verdes, camino del mar. Cuando estuvieron lejos, bien lejos de la guarida y de Polifemo, Ulises sacó su cuchillo y

se desató de su extraña cabalgadura. Inmediatamente corrió a desatar también a sus hombres y juntos se apresuraron a llevar el rebaño hasta la playa, donde estaba anclada su nave. Temieron, en algunos momentos, que el gigante llamara a su rebaño y se diera cuenta de su huida. Pero como Polifemo los creía todavía atrapados adentro de la cueva y bien encerrados merced a la piedra enorme, nada de esto ocurrió y pudieron llegar sanos y salvos hasta la nave. Sus compañeros, inquietos ya por su suerte, se mostraron jubilosos al verlos llegar. No obstante, al relatar Ulises lo que les había acontecido en la isla y al saber la triste suerte de sus seis compañeros, los que habían permanecido en la nave prorrumpieron en amargos lamentos y derramaron tristísimas lágrimas. Ulises, sin embargo, les dijo:

–No es ésta hora de llorar. Apresurémonos a embarcar, llevando con nosotros el rebaño del gigante.

Cuando todos estuvieron en la nave, cuando los remos agitaron el agua y emprendieron la ruta que debía alejarlos de la terrible tierra de los cíclopes, Ulises, antes de perder de vista aquellos lugares espantosos, gritó con toda la fuerza de su voz:

–¡Polifemo, cruel monstruo, óyeme! Júpiter y los dioses en que no crees te han castigado cruelmente por tus crímenes. ¡Tú, que devoras a los extranjeros que te piden hospitalidad, bien mereces quedarte ahí ciego y burlado!

Polifemo, que se hallaba todavía sentado en la puerta de su cueva, se levantó furioso al oír estas palabras, com-

prendió que el falso Nadie –de nuevo– se había burlado de él. Loco de furia, arrancó de cuajo una inmensa roca que formaba la cima de una colina y la arrojó al mar con tanta fuerza que fue a caer muy cerca del navío de Ulises. Tan cerca cayó, tan violento fue el golpe recibido por las aguas, que el oleaje hizo retroceder el barco hasta cerca de la orilla.

Pero Ulises dio órdenes a sus hombres de que condujeran con los remos la nave otra vez mar adentro, con presteza, para que el gigante no pudiera alcanzarlos con otra roca. Cuando estuvieron a alguna distancia, Ulises quiso gastar a Polifemo una nueva burla, sin que bastaran para convencerlo las súplicas de sus hombres, que le rogaban no se expusiera a la cólera del monstruo que, aun ciego y desvalido, podía aplastar la nave y a ellos de una sola pedrada. Ulises no quiso escucharlos y gritó:

–¡Cruel Polifemo! Si alguien te pregunta qué ha sido de tu ojo, dile que lo vació Ulises, rey de Itaca.

Entonces, se oyó un bramido más lúgubre y espantoso que todos los que hasta aquel momento el gigante había lanzado. Gritó Polifemo:

–Hace algún tiempo me predijo un oráculo que Ulises de Itaca me dejaría ciego. Mas yo aguardaba ver llegar a un héroe poderoso, a un guerrero lleno de fuerza y no a un pobre enano que ha tenido que emborracharme, que no se atrevió a luchar frente a frente conmigo. Pero, de todos modos, la astucia me agrada, Ulises de Itaca. Vuelve a tierra y te trataré como mereces. De otro modo, Poseidón, mi padre, dios del mar, me vengará, devolviéndome mi ojo perdido.

Ulises no hizo caso de las palabras del gigante, cuya crueldad conocía. Pero la burla le agradaba.

–¡Tu padre no te devolverá tu único ojo perdido! ¡Nunca más volverás a ver el sol!

De nuevo el gigante se desesperó, gritó, se arrancó los cabellos, se retorció las manos, alzó la cabeza y levantó los brazos llamando a Poseidón, dios del mar, pidiéndole que castigara a Ulises. Así gritaba con voz atronadora:

–¡Poseidón, padre mío, te pido que si el rey de Itaca logra volver a su patria, ello sea tarde y mal; que pierda poder antes a sus compañeros, que no conserve sus naves y que no halle en su hogar la paz que desea!

No contestó Poseidón, pero escuchó el ruego de Polifemo, su hijo. Cuando el gigante dejó de gritar, arrancó con redoblada fuerza otra roca y la arrojó hacia donde creía que se hallaba la nave de los griegos. Esta cayó tan cerca que tocó el extremo del timón, pero las olas que levantó empujaron la nave hacia adelante, y pronto Ulises y sus hombres se hallaron junto a las otras naves en alta mar. Los remos de los héroes de Troya se hundían en las aguas tranquilas cada vez más lejos de la horrible tierra de los cíclopes. Pero Ulises y sus navegantes, aunque a salvo ya, no estaban contentos. En sus corazones reinaba la tristeza por haber perdido a seis de sus mejores compañeros.

III
ULISES Y CIRCE



Ulises y sus hombres siguieron navegando sobre el verde mar. El dolor sentido se disipaba y los días transcurrían alegres por la esperanza de arribar pronto a la patria. El rey de Itaca no recordaba que la venganza del dios Poseidón, dueño del mar, lo perseguía. No sospechaba que, durante otros diez largos años, sería desgraciado a causa de aquella venganza.

Un día, al fin, cuando ya creían aproximarse al término de su viaje, los navegantes se hallaron ante una isla tan extraña como jamás habían visto otra. Además de las escarpadas rocas que la rodeaban, estaba defendida por una alta muralla de bronce. Esto provocó en Ulises una gran curiosidad y el deseo de ingresar en aquel lugar al parecer inaccesible. A pesar de la apariencia terrible de la isla, ni a él ni a sus hombres les aconteció allí mal alguno. Eran el reino y el palacio de Eolo, rey de los vientos. Y este poderoso

monarca, sabiendo quién era Ulises, lo agasajó durante un mes, invitándolo a que anclara sus naves allí y permaneciera como huésped un largo tiempo. Ofreció grandes fiestas en honor del héroe. Hizo que su mujer y sus hijos lo trataran con gran amabilidad, y cuando Ulises, transcurridos treinta días con sus noches, mostró deseos de volver a su patria, le hizo un espléndido regalo: dentro de un gran cuero de buey encerró todos los vientos sobre los cuales reinaba, excepto el viento del Oeste, que quedó afuera. Después, con un hilo de plata, ató firmemente la piel de buey y se la obsequió a Ulises, quien la colocó en el puente de su nave. Después, el monarca dio al viento del Oeste la orden terminante de colocarse tras las naves del héroe y soplar dulcemente para conducirlas de una vez hasta Itaca.

Y así navegaron los héroes de Troya durante nueve días de veras deliciosos. El viento del Oeste soplaba con suavidad detrás de ellos y apenas era necesario el esfuerzo de los remeros para avanzar hacia su patria. Y así llegaron hasta muy cerca de Itaca, tan cerca que divisaban ya los bosques de las colinas y las hogueras que encendían los pastores para alejar a las fieras.

Al ver tan próxima su patria, Ulises sintió una gran alegría. Como ya no creía tener que temer nada, y estaba tan cansado –pues durante aquellos últimos nueve días no había querido descansar ni un momento–, sintiendo que los ojos se le cerraban de sueño, quiso reposar unas horas para llegar a su reino sin fatiga ni pena. Puso a sus

hombres de guardia en el puente y él bajó, dispuesto a dormir tranquilamente un rato.

Y los hombres que estaban en el puente y otros que se les unieron, viendo tan inmediato el término de su viaje, empezaron a murmurar entre sí:

–Ya vimos cuán ricos tesoros trae consigo Ulises. Y nosotros, que hemos combatido por Grecia lo mismo que él, apenas si tenemos algo que ofrecer a nuestras mujeres. La verdad es que no se porta bien con nosotros... Nada nos ha dicho del regalo que le ha hecho Eolo ni en él hemos tenido parte alguna. Seguramente, el cuero de buey está lleno de oro y plata, y Ulises, por no compartir su botín con nosotros, que lo hemos ayudado a llegar hasta aquí, nos oculta su contenido.

Llevados por la codicia, empezaron a discutir si sería prudente, ya que Ulises estaba dormido y el término del viaje se aproximaba, desatar el cuero y apoderarse de los tesoros que según ellos contenía.

Y dicho y hecho: con gran ligereza, para realizar su mal pensamiento antes de que Ulises se despertara, desataron la boca del pellejo de buey. Inmediatamente se escaparon de adentro todos los vientos. Arremolinándose, luchando entre sí, soplando unos contra otros, levantaron un violento huracán tan fuerte que la nave, que tan cerca estaba ya de las costas deseadas, fue arrojada de nuevo hacia lo desconocido, hacia la lejanía. Cuando los navegantes vieron que se alejaban de los bosques verdes, de los prados

floridos, de las hogueras prometedoras, de la patria adorada; cuando contemplaron Itaca sólo como un punto muy lejano en el mar azul, se arrepintieron de su mal pensamiento y lanzaron al viento sus gemidos.

El fragor del huracán y el llanto de sus hombres despertaron a Ulises. Por un momento, al saber lo ocurrido, el héroe prudente se sintió descorazonado y triste. Padeció también la tentación de arrojarse al mar y concluir con su vida. Pero logró recobrar su valor y vencer la tempestad con su pericia de marino. De nuevo volvió a hallarse ante las murallas de bronce que cerraban el palacio del rey de los vientos. Como sus naves estaban casi deshechas y sus hombres rendidos y sus provisiones agotadas, Ulises ordenó a los navegantes que se acercaran a las playas de la isla de su amigo Eolo para pedirle provisiones y descanso.

Desembarcó, pues, y se encaminó al palacio del rey de los vientos. Estaba Eolo sentado a la mesa con su mujer y sus hijos, y al ver al héroe le preguntó sorprendido:

–¿Cómo regresas tan pronto, Ulises? ¿Qué desgracia ha malogrado el viaje cuando yo te di todos los medios para llegar felizmente a tu patria?

Ulises bajó la cabeza avergonzado por lo acontecido y confesó la verdad a su amigo:

–Mis hombres –repuso– soltaron los vientos mientras yo dormía. Ésta es la causa de mi regreso. Ayúdame de nuevo a volver a mi patria.

Pero el rey de los vientos, al conocer lo ocurrido, se encolerizó y no quiso escuchar a Ulises.

–¡Vete! –le gritó–. ¡No quiero ayudarte! Muy infame debes ser cuando los dioses han permitido que te ocurra semejante desgracia.

Ulises regresó a sus naves apesadumbrado, y él y sus hombres volvieron a navegar cada vez más tristes. Los vientos, sueltos y enfurecidos por su larga permanencia dentro de la piel de buey, soplaban cada vez con más energía; los pesados remos de los navegantes no lograban dominar la cólera de las olas, y los hombres se fatigaban en la estéril lucha y, rendidos, perdían los ánimos. Y así pasaron seis días y otras tantas noches.

Al séptimo día vieron tierra y agradecieron a los dioses haberlos salvado de un inminente naufragio. La tierra que divisaban era una hermosa isla en la que se destacaba un hermoso puerto natural, rodeado de rocas inmensas y escarpadas. Dentro de aquel puerto, el agua era lisa como la de un estanque, y allí ordenó el héroe que fondearan todas las naves, a excepción de la suya, que dejó afuera del puerto, amarrada a una roca. Junto a algunos de sus hombres, Ulises subió a la roca más alta para observar qué clase de país era aquél; pero nada pudo ver, ni hombres ni animales; sólo unas leves columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. Ulises ordenó entonces a tres de sus hombres que avanzaran por la isla, adentrándose en ella hasta averiguar qué clase de gentes la habitaban. Lo

hicieron así los hombres y siguieron un camino en cuya tierra vieron marcadas las huellas de los carros que conducían la leña desde los montes a la ciudad. Avanzaron, guiándose también por las columnas de humo que al principio habían divisado, y al fin llegaron a las puertas de la capital del reino. Allí encontraron una fuente, al lado de la cual una joven peinaba sus cabellos. Se dirigieron a ella, sabiendo por sus palabras que era hija del rey de la isla. Al mismo tiempo, ella les ofreció conducirlos a palacio y presentarlos a la reina.

Así supieron que aquélla era una isla habitada por enormes gigantes, devoradores de carne humana. La reina, a cuya presencia llegaron los navegantes, era una mujer tan corpulenta como la cima de una montaña. Su aspecto era tan horrible que los guerreros la miraron con terror y repugnancia. Al ver a los tres hombres, la imponente mujer llamó a su marido, el monarca.

El rey, un gigante tremendo, al ver a aquellos enanitos se abalanzó sobre ellos como un león hambriento, levantó a uno por la mitad del cuerpo y lo devoró de cuatro dentelladas. Los otros dos guerreros huyeron despavoridos y corrieron hacia las naves. Pero el caníbal lanzó su grito de guerra, y así acudieron otros gigantes tan imponentes como él. Todos avanzaron también hacia el puerto y, arrancando las rocas que los rodeaban, empezaron a arrojarlas contra los barcos que se habían refugiado allí y a los que aplastaron como frágiles cáscaras de huevo.

Se levantó hasta el cielo un clamor de agonía; los guerreros moribundos, heridos, gemían dando para siempre su adiós a la patria y a la vida, y los gigantes, entre tanto, tomaban con toda facilidad a los desgraciados como si fueran inocentes pececitos y se los llevaban a sus casas para devorarlos.

Ulises, en tanto, presenciaba horrorizado estas escenas desde lo alto de la roca que le servía de atalaya. Viendo así sus naves destruidas y muertos a sus hombres, comprendió que nada podía hacer contra aquellos enemigos dotados de fuerza sobrehumana. Se metió, pues, en su nave, la única que había permanecido fuera del puerto, desenvainó su espada, cortó con ella la amarra y, dando orden a sus navegantes de que remaran con toda su fuerza, hizo que el navío se alejara rápidamente.

Sólo el barco en que iba Ulises y los tripulantes que lo acompañaban escapó a la horrorosa catástrofe. Otra vez, aunque contentos de haber salvado la vida escapando a tan grave peligro, Ulises y sus compañeros lloraron a los amigos que dejaban atrás y a los que no volverían a ver nunca más.

Varios días navegaron hasta llegar a la isla Eea. Dos largos días permanecieron los navegantes en sus playas, entristecidos, desanimados, desesperando ya de que un buen viento los condujera hasta Itaca. Pero, al tercer día, Ulises los animó con sus palabras, haciéndoles ver la inutilidad de sus lamentaciones. Armado de su lanza y de su espada,

trepó hasta una colina, desde la cual se proponía observar qué tierra era aquélla, completamente desconocida para todos. Y vio una sola columna de humo que se elevaba hasta el cielo (era el humo del palacio de Circe, la maga de las trenzas doradas).

Descendía ya Ulises de la colina, cuando vio a un ciervo; se puso en acecho y logró matarlo de una lanzada. Lo cargó sobre sus hombros y lo llevó junto a sus compañeros.

–Ánimo –les dijo–. ¡Por lo menos ya no moriremos de hambre! ¡Miren lo que les traigo!

Al ver el hermoso animal, los guerreros, que estaban hambrientos, olvidaron por unos momentos sus penas, comieron y bebieron alegremente y se echaron después a dormir. A la mañana siguiente, al despertar, Ulises volvió a insistir en la conveniencia de explorar debidamente la isla. Los guerreros habían perdido el valor, y tantas y tan extrañas aventuras vividas les hacían temer los males más graves. Ulises, sin embargo, les ordenó que lo obedecieran; dividió a su gente en dos compañías y tomó el mando de una de ellas, dando el de la otra a su cuñado Euriloco. Se echaron suertes para saber cuál de las dos compañías debía explorar la isla. La suerte designó a la compañía de Euriloco, que se componía de veintidós hombres y de su capitán. Avanzaron y, después de andar largo tiempo, hallaron en medio de un bosque un palacio todo de piedra pulimentada. Era la mansión de Circe, y, ante su puerta,

corría una multitud de lobos y leones mansos, que, como perros que saltan de alegría ante el regreso de su amo, corrieron en torno de Euriloco y de los suyos. Eran las fieras encantadas por la maga, por Circe.

Al ver animales tan extraños, los guerreros permanecieron unos instantes sobrecogidos de temor y sorpresa. Sin embargo, siguiendo las órdenes de su capitán, avanzaron hacia la puerta del palacio –que permanecía cerrada– y se detuvieron allí, oyendo una voz de mujer tan armoniosa que deleitaba y paralizaba a cuantos la oían. Quien cantaba era Circe, la maga.

–Llamemos a la que tan dulcemente canta –dijo uno de los navegantes, el predilecto de Ulises.

Y llamaron a la puerta y Circe les abrió, invitándolos a entrar. Y todos quedaron maravillados por su espléndida belleza.

Euriloco, sin embargo, acordándose de la hermosa hija del gigante, que junto a la fuente los había engañado con tal crueldad, sintió vivo temor y se quedó en la puerta.

Pero los hombres que con él iban penetraron tras la maga, seguros de gozar de una infinidad de delicias.

Circe los condujo hasta el interior de su palacio, los hizo sentar en cómodos sitiales y les ofreció, para reparar sus agotadas fuerzas, una mezcla de queso, vino, pan y dulce miel. Añadió al grato manjar ciertas drogas que hacían perder la memoria, y una vez que los guerreros terminaron de comer, la maga los tocó con su varita y los

convirtió en cerdos. De cerdo eran sus ojos y sus bocas –transformadas en morros bestiales–, y sus patas y sus cuerpos enteros, pero, para su mayor desdicha, el raciocinio de los desdichados seguía siendo humano. Una vez que los redujo a tan triste estado, la maga los encerró en oscuras pocilgas y les arrojó los desperdicios con que se suele alimentar a los cerdos.

Euriloco, entretanto, aguardaba inútilmente el regreso de sus compañeros en la puerta del palacio de la maga. Mas pasaron muy largas horas sin que eso ocurriera. Entonces, desatinado, loco, el noble capitán corrió hasta la nave, dando por cierto que a sus amigos les había sucedido una horrible desgracia. Al hallarse frente a Ulises se sentía tan afligido que apenas podía pronunciar palabra; sólo dejaba escapar hondos suspiros, mientras sus ojos derramaban lágrimas abundantes. Por fin, ante las reiteradas preguntas de Ulises y de los demás hombres, Euriloco contó que sus compañeros habían entrado en el palacio, pero no habían salido de él, a pesar del largo tiempo transcurrido.

Apenas lo oyó, Ulises buscó su gran espada de bronce claveteada de plata, tomó su arco y ordenó a Euriloco que le mostrara el camino que conducía al palacio. Pero el guerrero, arrojándose a sus pies, y abrazándose con desesperación a sus rodillas, le suplicó:

–No me obligues a ir, pues sé que no volverán nunca de allá ni tú ni los que te acompañen. Mejor será que huyamos todos en la nave.

Ulises replicó, burlón:

–Está bien, Euriloco; tú te quedarás aquí, junto a la nave cóncava y segura, comiendo y bebiendo, mientras yo voy adonde me empuja mi anhelo.

Y, sin compañía alguna, Ulises partió hacia el palacio de Circe, la maga de las trenzas doradas.

Estaba ya cerca cuando le salió al paso un hermoso joven. Por la varita dorada que llevaba en la mano, Ulises comprendió que el doncel no era otro que Hermes, mensajero de los dioses. Éste le tomó la mano al héroe y le habló:

–¿Dónde vas, Ulises, solo y sin conocer estos lugares? Tus compañeros están en el palacio de Circe, convertidos en cerdos inmundos y encerrados en repugnantes pocilgas... ¿Es que, por ventura, quieres salvarlos? Correrías su misma suerte si lo intentaras, pero yo voy a librarte de ella.

Entonces, dio a Ulises una extraña planta de raíces negras y flores tan blancas como la leche. Aquella planta lo protegería de las hechicerías poderosas y malignas de la maga.

–Cuando Circe te quiera tocar con su varita mágica –añadió Hermes–, saca tu espada y arrójate sobre ella como si fueras a matarla. Ella, entonces, aterrada, te pedirá gracia, te tratará con bondad y te ofrecerá ricos manjares y cómodo lecho. Antes de aceptar ninguna cosa de cuantas te ofrezca, debes exigirle el juramento de los dioses de que nada intentará contra ti.

Así lo prometió Ulises, y Hermes se alejó. El héroe llegó por fin al palacio de la maga y llamó a su puerta. Entonces, Circe salió y recibió sonriente al visitante, lo condujo a un salón hermoso, lo hizo sentar en un sitial cómodo en el que relucían bellos clavos de plata, y le ofreció, en una copa de oro, una mezcla de miel, vino, pan y drogas nocivas. Mientras Ulises bebía, la maga, impaciente por verlo encantado, lo tocó con su varita mágica, diciendo:

–Ve a la pocilga y échate al lado de tus compañeros.

Pero Ulises, gracias a la planta que le diera Hermes, no quedó encantado, como ella esperaba, y, siempre siguiendo el consejo del mensajero de los dioses, sacó la espada que llevaba en la cintura y se arrojó sobre Circe, como si fuera a matarla.

Ella se arrodilló a sus pies, preguntando con gritos agudos:

–¿Quién eres, extranjero? ¿De qué tierra vienes? Un solo hombre es capaz de resistir a mis conjuros: Ulises, que ha de regresar de Troya a su patria, en negra y cóncava nave. Si tú eres el héroe a quien aguardo, envaina la espada; seamos amigos y acepta la hospitalidad que te ofrezco.

Y contestó Ulises:

–¿Cómo puedo ser tu amigo y aceptar tu hospitalidad cuando tú, con tus hechicerías, has convertido en cerdos a mis compañeros? ¿Cómo puedo tener confianza en ti si antes no juras no hacerme daño alguno y dejarme volver sano y salvo a mi patria?

La maga entonces juró lo que Ulises le exigía, y, después de haberse prometido amistad, Circe llamó a sus doncellas e hizo que le dieran ricos tapices a su huésped y que le presentaran platos de oro y copas de plata con exquisitos manjares. Las doncellas prepararon para Ulises un baño templado y le pusieron una túnica y un manto púrpura. Después, Circe le rogó que aceptara sentarse en un magnífico sitial, con un cómodo taburete a los pies. Pero Ulises no podía comer ni beber y se mostraba triste y afligido, sin dirigirle la palabra.

–¿Por qué permaneces mudo, Ulises –le preguntó Circe–, y no pruebas siquiera los deliciosos manjares que mis doncellas te sirven? ¿Temes acaso que rompa el juramento que te he hecho y te prepare alguna emboscada?

Ulises le respondió:

–Dime, Circe, ¿cómo puedo estar contento, comer y beber a gusto, antes de ver a mis compañeros desencantados y con su figura humana? Sólo cuando con mis ojos vuelva a verlos tales como eran podré creer tus promesas.

Entonces, Circe abrió las puertas de la pocilga en que estaban encerrados los navegantes convertidos en cerdos. Uno a uno fueron saliendo y uno por uno la maga los fue tocando con su varita, pronunciando mágicas palabras. Inmediatamente, los cerdos, uno tras otro, recuperaban su aspecto de hombres, más jóvenes, más fuertes, más altos y más bellos que antes del encantamiento. Al ver a Ulises todos corrieron a besarle las manos, gozosos. Reían

y lloraban a un tiempo, de pura alegría, y la misma maga no pudo contener una lágrima que asomó a sus bellos ojos. Después, ella le rogó a Ulises que fuera en busca de los navegantes que habían quedado en el barco para ofrecerles a todos un festín magnífico.

Cuando Ulises llegó a la nave, halló a sus hombres sumidos en la más honda tristeza. Imaginaban que ya nunca verían a su capitán y monarca, y se lamentaban desconsolados. Tanto amaban al héroe que, cuando lo vieron, sintieron igual o mayor alegría que si hubieran visto los prados verdes de su amada Itaca.

Aceptaron la invitación de la maga. Ulises ordenó a sus hombres que vararan el navío en la arena de la playa, que escondieran los tesoros y provisiones en tierra y lo siguieran al palacio de Circe, donde gozarían de delicias increíbles. Ellos se disponían a obedecerlo, con sumisión y entusiasmo. Pero Euriloco los increpó tratando de retenerlos.

–¿Adónde van, locos, hijos de Zeus? –dijo–. ¿No saben que Circe, la maga engañadora, nos convertirá en cerdos, o en leones o en lobos apenas traspongamos sus puertas? Me parece mentira que no conozcan aún la temeridad de Ulises, que siempre nos lleva hacia el peligro. ¿Acaso han olvidado que él fue quien nos metió en la cueva de Polifemo?

Los guerreros, temerosos de que Euriloco tuviera la razón, no se decidían a seguir al héroe. Ulises, enfurecido

por las palabras de Euriloco –al que, sin embargo, amaba como a un hermano– desenvainó la espada y se dirigió a él, dispuesto a cortarle la cabeza. Los demás guerreros lo rodearon tratando de calmar su cólera.

–Deja aquí a Euriloco, ya que no quiere venir –le dijeron–. Él guardará la nave mientras nosotros nos regalamos en el palacio de Circe.

Pero Euriloco, avergonzado ahora de su temor, no quiso permanecer al lado de la cóncava nave y se sumó al grupo. Durante este lapso, Circe había preparado baños benéficos para los navegantes desencantados, y los había perfumado y vestido con túnicas muy ricas. Cuando Ulises y los otros compañeros llegaron, ya estaban instalados en la mesa del banquete. Y, al reencontrarse, se abrazaron llorando y empezaron a recordar las penalidades pasadas y los deseos que sentían de retornar a la anhelada y siempre lejana patria.

Dijo entonces Circe:

–Cesen ya sus lamentos, hijos de Zeus. Bien sé las penas que han tenido que sufrir en el mar poblado de monstruos y el daño que en tierra firme les han hecho los hombres... Por ello creo que les conviene ahora, durante algún tiempo, vivir felices y despreocupados, comiendo, bebiendo y gozando hasta que sus corazones recobren la alegría y el valor, y puedan volver a sus hogares.

Y, día tras día, un año pasaron Ulises y los navegantes en el palacio de Circe. Transcurría el tiempo deliciosamente

entre festines y banquetes y danzas continuas. Hasta que, al llegar de nuevo los largos días del verano, dijeron los hombres a Ulises:

–¿Acaso vamos a permanecer aquí toda la vida? ¿No hemos de ver ya nunca las verdes colinas de Itaca?

Escuchó Ulises los ruegos de los navegantes, que finalmente lograron convencer su corazón generoso.

–Circe –dijo aquella noche a la maga, después del banquete–, al jurarme amistad, me juraste también que me ayudarías a volver con mis hombres a mi amada patria. Ellos y yo sentimos ya la nostalgia de nuestros hogares. Permítenos volver a ellos.

–No los retendré contra su voluntad –respondió Circe–. Vuelve a tu patria, Ulises.

Después le trazó la ruta marina que debía seguir antes de tomar rumbo a Itaca, y le advirtió de los peligros que tendría que enfrentar y le dijo cómo conjurarlos.

–Pero si tú o tus hombres –añadió– hacen algo contra lo que acabo de prohibirles, atraerán la ruina sobre sus cabezas. Y, aun cuando escapes del peligro, Ulises, no volverás a Itaca sino al cabo de mucho tiempo, después de haber perdido a todos tus compañeros y en el estado más miserable.

Cuando despuntaba la aurora, bañando en luz rosada las copas de los árboles de la isla encantada, los remos de los hombres de Ulises hendieron las olas. Pronto, sin embargo, dejaron de remar, pues Circe, la maga de las trenzas

rubias, les envió, al despedirlos, un viento favorable que hinchó con fuerza las velas, y muy suavemente empujó la nave hacia Itaca.



IV
ULISES Y LAS SIRENAS



Entre los peligros sobre los que Circe advirtió a Ulises, el mayor era acaso el que correría al pasar ante la isla de las Sirenas.

Ésta era una isla bellísima, solitaria en medio del océano, habitada únicamente por unas extrañas mujeres, hijas del mar, que, de cintura para abajo, tenían la forma de grandes peces. Las Sirenas, seres sumamente crueles, gustaban permanecer sentadas sobre la hierba de los prados, a la orilla del mar, entonando dulcísimas y atrayentes canciones. Y hay que decir que más bellas y hechiceras que sus rostros eran sus voces. Atraídos por ellas, los marineros cuyos bajeles pasaban por aquellos sitios no podían resistir la tentación de desembarcar en la isla. Entonces, las infames sirenas los mataban. En los prados y en las playas donde las sirenas vivían, se amontonaban las calaveras y las osamentas de los hombres asesinados por ellas.

Pero desde el mar no se veía tan horrible espectáculo y sí sólo las flores espléndidas, los rostros bellos y las cabelleras flotantes de las Sirenas.

Y se escuchaba sobre todo su canto, aquel canto delicioso, incomparable, que, acompañado por el leve murmullo de las olas que iban a morir blandamente sobre la playa, atraía a los marineros y los hacía víctimas del cruel encanto.

–Aquél que se acerca a la isla de las Sirenas y escucha su bella canción no vuelve a ver jamás a su mujer ni a sus hijos –había dicho Circe al prudente Ulises, y le había dado instrucciones para evitar este peligro.

El navío de Ulises y sus hombres navegaba por el mar azul y se acercaba impulsado por la brisa a la isla de las Sirenas. Éstas, con sus conjuros, calmaron el viento; las olas quedaron tranquilas y los tripulantes debieron tomar los remos y empujar la nave con toda su fuerza. Ni una ráfaga hinchaba las velas, y la nave apenas podía avanzar para alejarse de aquellos lugares.

Entonces, muy lejano todavía, casi como un eco, empezó a oírse un cántico dulcísimo. Era la voz de las Sirenas. Siguiendo las instrucciones de la maga, Ulises tomó una barra de cera, la cortó en pedazos con su espada de bronce, la moldeó con sus fuertes dedos y tapó con ella los oídos de los tripulantes, para que no escucharan el canto armonioso. Sólo a él le fue concedido escucharlo y, entonces, no se tapó los oídos, pero –siempre cumpliendo lo que Circe le aconsejara– ordenó a sus hombres que lo ataran de pies y manos al mástil, tan fuertemente como les fuera posible, y que, aunque él al escuchar la voz de las Sirenas les rogara y suplicara por señas que lo desataran, no le hicieran caso; antes, debían redoblar sus ligaduras.

Recordando siempre los consejos de Circe, una vez que estuvo atado de pies y manos al mástil de su navío, Ulises ordenó a sus hombres que aceleraran la marcha de la nave. Y ellos, aunque tenían los oídos tapados y no podían oír, comprendieron bien las señas que el héroe les hacía y hundieron con gran fuerza los remos en las aguas calmas.

Corría, corría el bajel de Ulises, al pasar ante la isla de las Sirenas. Y ellas lo vieron y entonaron, con la voz muy suave, la más dulce de las canciones.

–Ven, acércate, valiente Ulises, gloria y honor de los aqueos –decían las palabras de su cántico–. Detén el negro navío y escucha nuestra canción. Ningún héroe pasa jamás de largo por este lugar sin escuchar nuestras voces, dulces como la miel, que alegran el alma y acrecientan la sabiduría. Nosotras lo sabemos todo y conocemos los grandes trabajos que pasaron ante la ciudad de Troya. Cantaremos para ti la gloria de las victorias griegas y te predeciremos el porvenir. ¡Ven, acércate, valeroso Ulises!

Ulises oyó aquellas voces y sintió que el alma quería volar hacia el lugar de donde surgían. Y miró la playa y vio a las Sirenas tendidas entre las flores, tan hermosas como jamás pudo él imaginar que lo fuese mujer alguna.

Entonces, hizo señas a sus hombres de que lo desataran, de que lo dejaran libre para irse con las ellas.

Los otros navegantes, como tenían los oídos tapados con cera, no escuchaban la canción melodiosa de las Sirenas y no experimentaban tentación alguna; Euriloco, al ver las desesperadas señas que Ulises les hacía, al mismo tiempo que luchaba por desligarse de sus ataduras, comprendió que el héroe se sentía atraído por el encanto de las pérfidas Sirenas, y, junto con otro tripulante, corrió, no a desatarlo, sino, por el contrario, a ligarlo con mucha más fuerza. En tanto, los marineros –sordos a los cánticos– remaban y remaban...

Tanto y tan bien remaron que no tardaron en estar lejos de la peligrosa isla de las Sirenas. Cuando Ulises dejó de oír aquella melodía, se tranquilizó y dio orden a los tripulantes de que se quitaran la cera de los oídos. Así lo hicieron ellos y lo desataron. El peligro había pasado.

Pero les aguardaba otro. Un ruido, bien distinto al del cántico de las Sirenas, podía escucharse. Pasaban entonces los navegantes por las Rocas Erráticas, peligro contra el que también Circe los había prevenido. Contra aquellas rocas, formidables olas chocaban incesantemente, como si quisieran cubrirlas. Ni las aves de rapiña podían atravesar por aquellos lugares sin ser arrastradas por las furiosas aguas. Y un remolino imponente lanzaba a la superficie, de continuo, los restos de muchos navíos y los cadáveres de los marineros que allí perecían. El rugido del mar era más atronador que el de veinte tempestades juntas. Fue lo que hizo comprender a Ulises que se hallaba ante las Rocas Erráticas. Los tripulantes, aterrorizados, soltaron los remos. Pero Ulises sin perder el valor ni un momento, les dijo palabras que les devolvieron los ánimos:

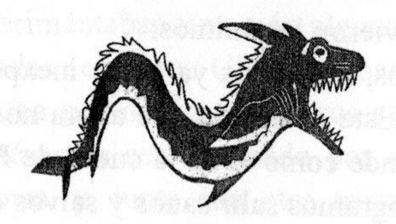
–Amigos, no somos ya gente inexperta en fatigas y penalidades. Este obstáculo que ahora nos amenaza no es acaso tan grande como el de la cueva de Polifemo y, al fin de cuentas, logramos salir sanos y salvos de aquel peligro. Del mismo modo saldremos de éste dentro de muy poco, si cumplen lo que voy a ordenarles.

Y, siguiendo siempre las recomendaciones de Circe, continuó:

–Mis valientes remeros, apóyense con toda fuerza en el remo, hundiéndolo en el agua con gran velocidad para pasar pronto entre las rocas. Y tú, timonel, procura mantener el navío siempre en línea recta, cuidando al mismo tiempo no chocar contra ellas y evitar la furia de las olas.

Así lo hicieron los navegantes y lograron atravesar por entre las Rocas Erráticas, sin perder la vida. Pero las Rocas Erráticas no eran el único peligro que en aquellos lugares los amenazaba.





V
NUEVOS PELIGROS

Al hablar a sus hombres del peligro de las Rocas Erráticas, diciendo que no era en modo alguno superior al que en la cueva del cíclope los amenazara, calló Ulises expresamente los nombres de Escila y Caribdis, que él conocía por Circe. El héroe prudente temía, sin duda, que los navegantes, aterrorizados por tantos peligros, se desanimaran, abandonaran los remos y se extraviaran, y perdieran la nave.

Porque más allá de las Rocas Erráticas había un lugar no muy ancho por el que debía pasar el barco y en el que, frente a frente, se elevaban dos inmensas rocas. Una de ellas, muy negra y tan alta que parecía amenazar el cielo, estaba, aun en los más hermosos días de verano, coronada por una nube negrísima. Esta roca era tan resbaladiza como el cristal, y por ello ningún mortal, aunque hubiera tenido veinte pies y veinte manos, habría podido trepar por

ella. En aquella roca, dentro de una oscura cueva, vivía un monstruo horrible llamado Escila que, de día y de noche, ladraba como un perro salvaje. Toda la parte inferior de su cuerpo permanecía oculta dentro de la cueva que le servía de albergue, de la que salía únicamente la parte superior: doce patas y seis cabezas. La boca de cada cabeza tenía tres hileras de agudísimos dientes. Cuantos animales pasaban por aquellos lugares, fueran gaviotas, delfines o aves de rapiña, eran engullidos por el fiero monstruo. No hay que decir que, cuando pasaba algún navío, el festín era completo, pues cada una de las seis cabezas del monstruo arrebataba y devoraba a un marinero.

En la roca que estaba enfrente de ésta crecía un árbol cubierto de frondosas hojas. Debajo habitaba Caribdis, otro monstruo terrible que, tres veces al día, absorbía como una tromba el agua del mar y la hacía ingresar en su cueva; luego, la devolvía afuera. Todo cuanto por el mar pasaba, en el momento en que el monstruo chupaba las aguas, entraba también en su caverna y salía convertido en restos informes. De todo esto –que el prudente Ulises no había informado a sus hombres– lo había advertido la previsora Circe, la de las trenzas de oro, añadiendo:

–Como Escila no es mortal, es inútil luchar contra él. Ningún hombre tiene defensa contra sus ataques. Será, pues, en vano que, confiado en tus armas y en tu gran valor, intentes combatir contra él. Lo único que puedes hacer es huir a todo remo, lo más de prisa que te sea posible.

Pero Ulises, cuyo valor era indomable, al oír el furioso ladrido de Escila, olvidó las recomendaciones de Circe, y, revistiéndose de su rica armadura, se dispuso a luchar con el monstruo. Tomó dos largas lanzas, se colocó en la proa de la nave y fijó los ojos en la boca de la cueva por donde debían aparecer las seis horribles cabezas.

Pero Escila no apareció y entonces Ulises volvió sus ojos hacia el remolino de Caribdis. El monstruo formaba una espantosa tromba engullendo el agua del mar hacia el interior de su caverna. Pálidos y temblorosos de temor, los marineros remaban con toda su fuerza, pero, al apartarse de Caribdis cuando podían para no caer en la tromba, se acercaron a la caverna de Escila. Salieron entonces de sus profundidades las seis espantosas cabezas del monstruo, que arrebataron a otros tantos marineros de la nave.

Las infelices víctimas de Escila tendieron los brazos al héroe, implorando al mismo tiempo con la mirada su vano auxilio, y fue aquella la escena más triste que los ojos de Ulises presenciaron en tantos años de penalidades y fatigas.

Por fin, la nave se alejó de aquellos espantosos lugares. Los hombres de Ulises apenas si podían moverse, tan rendidos estaban de la lucha con los monstruos y con los elementos.

Y he aquí que, dejando ya muy atrás los horribles peligros, vieron una isla hermosísima, cubierta de la hierba

más verde y lozana que pueda soñarse. En aquellos prados pacían excelentes vacas de frente ancha y ovejas magníficas. Contemplándolas desde el puente de su barco, Ulises comprendió que aquélla era la isla en que se guardaban los ganados del Sol, de la cual Circe también le había hablado. Y recordó las palabras de la maga:

–Si tú o tus hombres matan alguna de las vacas del Sol, la más completa ruina caerá sobre la nave y los que la tripulan, y aun cuando tú puedas salvar la vida, perderás a todos tus compañeros y regresarás a tu patria en el estado más miserable.

Ulises, arrepentido de haber olvidado, aun por un momento, los consejos de Circe, ordenó a sus hombres que pasaran de largo ante la isla prometedora. Pero los navegantes murmuraron un momento entre sí, hasta que, destacándose Euriloco habló de este modo:

–Tú pareces de hierro, Ulises, pues ninguna fatiga te rinde. Piensa que tus hombres son de carne y hueso, y ya no pueden más porque están agotados, y ahora que tenemos a la vista una hermosa tierra, tú los mandas pasar de largo. ¿Por qué te empeñas en que sigamos navegando durante la noche negra que ya se acerca, y cuando es la hora en que se desatan los más contrarios vientos? Si sobreviene una tormenta, ¿cómo podrán nuestros hombres defender el navío contra ella, estando, como están, agotados? Déjanos desembarcar, reposar en tierra, y mañana seguiremos la navegación.

Todos los navegantes se unieron a la súplica de Euriloco. Aunque el corazón se le partía al presentir un nuevo desastre, Ulises accedió.

–Como estoy solo contra todos, no me queda más remedio que cumplir lo que desean –dijo–. Pero deben prometerme que, por muy hermosas vacas y muy espléndidas ovejas que vean no caerán en la tentación de matar animal ninguno. Tendrán que contentarse con los manjares que Circe nos dio al partir de su palacio y que aún llevamos a bordo.

Con gusto juraron los navegantes y la nave fue anclada en un pequeño puerto natural. Enseguida, los guerreros prepararon la cena y comieron alegremente. Tranquilos ya, hablaron largo rato de los compañeros que les había arrebatado Escila, el terrible monstruo, y se durmieron llorando su pérdida.

Aquella noche estalló en el mar una tempestad espantosa, y al amanecer soplaba un fortísimo viento. En vista de ello, Ulises y sus hombres condujeron la nave hasta una cueva, donde quedó resguardada de la tormenta, y ellos permanecieron en la bella isla.

Un largo mes duró la tormenta, y era tan malo el tiempo, y cada noche y cada mañana se presentaba tan amenazador el cielo, que los navegantes no se atrevían ahacerse a la mar. Al principio, esta forzosa permanencia en tierra los alegró; las provisiones que Circe les había regalado eran abundantes y duraron todavía muchos días.

Los navegantes comían, bebían y vivían gozosos sin que ningún peligro los amenazara ni ninguna contingencia los desvelara.

Pero, transcurrido algún tiempo, las provisiones escasearon, luego se terminaron y los navegantes tuvieron que dedicarse a la caza y a la pesca por la isla para aplacar el hambre. Mas ni la pesca ni la caza eran abundantes en aquel lugar y pronto los navegantes empezaron a padecer hambre sin poder satisfacerla. Ulises sentía gran pena por aquella triste situación y, más fuerte y abnegado que sus compañeros, cuando los veía sufrir, se retiraba a lo más profundo de un bosque y allí invocaba a los dioses para que remediasen su mal. No podían hacerse a la mar, pues el viento soplaba más furioso cada vez.

Un día en que Ulises se hallaba solo en el interior del bosque, Euriloco convocó a todos los navegantes y empezó a darles malos consejos.

–Es verdad –les dijo– que hemos sufrido males sin cuento y que ya deberíamos estar acostumbrados. Pero debo decirles que ninguno de los que hemos sufrido ni de los que puedan quedarnos por sufrir será tan horrible como éste de irnos muriendo lentamente de hambre. Ello es, además, una tontería, teniendo, como tenemos, al alcance de la mano, vacas hermosísimas. Sacrifiquemos, si les parece, las terneras más jóvenes, que cuando estemos en Itaca nos quedará tiempo de elevar al Sol magnífico templo y ofrecerle en él nuestros sacrificios.

Los demás navegantes escucharon atentamente la proposición de Euriloco y lo aclamaron entusiasmados. Sin perder tiempo, antes de que Ulises volviera y los sorprendiera, se apoderaron de algunas terneras, las más hermosas de cuantas por allí pacían, las mataron y, encendiendo una gran hoguera, asaron en ella, a fuego vivo, grandes tajadas de la carne de los animales. Como aún conservaban algún vino del que transportaban en el barco, se regalaron a su gusto, comiendo y bebiendo hasta que no pudieron más.

A todo esto, Ulises, en el bosque, se había dejado rendir por el sueño. Sus hombres quedaron, pues, en libertad durante un buen rato para cometer la gran fechoría. Cuando Ulises, al despertarse, salió del bosque, un fuerte olor a carne asada llegó hasta él, haciéndole prorrumpir en una exclamación de horror. Corrió hacia el lugar donde sus hombres estaban y aún pudo ver los restos del festín en el suelo y sobre la hoguera. El espanto lo paralizaba, permitiéndole apenas amonestar a los culpables. Además, el mal ya estaba hecho y era irreparable.

No tardaron los imprudentes navegantes en participar del terror de su jefe. Acontecieron las cosas más extrañas y espantosas. Las pieles de los animales muertos serpenteaban por el suelo y de los trozos cortados y ensartados en los asadores surgían mugidos de dolor, mientras se escuchaban, por todas partes, lamentos de vacas.

Los navegantes, sin embargo, continuaron alimentándose con la carne de las terneras muertas durante otros

seis días que duró su permanencia en la isla. Transcurridos éstos, al llegar el séptimo, el tiempo mejoró y a Ulises y a sus hombres les fue posible poner a flote la nave y abandonar la isla.

Se alejaron de ella lo más rápidamente que pudieron, y siempre con buen tiempo. Pero apenas la perdieron de vista, una nube negra como la noche se cernió sobre la nave, mientras, en torno, las aguas también se volvieron oscuras. Y, sin dar a los navegantes tiempo de prepararse, se desencadenó la más horrible de las tempestades, un verdadero cataclismo, que zarandeaba la nave como si fuera una débil caña. El mástil se doblaba por el empuje del viento, y al fin cayó sobre el piloto, destrozándole la cabeza y arrojándolo al mar, al mismo tiempo que un rayo incendiaba la nave. Se tumbó ésta sobre un costado y todos los hombres que la tripulaban, a excepción de Ulises, cayeron al agua. El héroe esforzado, agarrándose a la borda y hundiendo sus ojos en la profundidad de las aguas, vio cómo sus compañeros, hasta el último, desaparecían para siempre en el líquido abismo. Ulises quedó solo en la nave que las olas y los vientos seguían combatiendo furiosamente. Pronto quedó el barco enteramente destrozado por la tempestad.

El prudente y hábil Ulises sujetó el mástil a la quilla y se dejó empujar por el huracán. Toda la noche lo impulsó el viento a su loco capricho, hasta que, por la mañana, el héroe advirtió que en vez de avanzar había retrocedido y que de nuevo se hallaba entre Escila y Caribdis. Parecía

imposible que el gran remolino de este último no lo tragara; mas, cuando las míseras maderas a que Ulises se agarraba llegaron al vórtice funesto, el héroe dio un salto formidable y quedó colgado del cabrahígo que crecía en la roca. Cuando Caribdis arrojó de nuevo al mar el trozo de mástil, Ulises se lanzó con presteza y se abrazó a él, alejándose rápidamente de allí. Escila permanecía dentro de su cueva, y el héroe, impulsando la marcha del mástil con ayuda de los pies y de la mano que tenía libre, pudo librarse de ambos peligros.

Nueve días con sus nueve noches fue Ulises de una parte a otra, a merced de las olas. La fiera lucha contra los elementos amenazaba con agotar sus fuerzas. El mástil estaba destrozado y de él quedaba tan sólo un trozo, roto y carcomido. Cuando ya Ulises no podía más, cuando ya se abandonaba a la voluntad de los dioses, el trozo de mástil chocó contra la orilla de una isla.

Y he aquí que aquella isla pertenecía a la hermosa diosa Calipso, la de las lindas y doradas trenzas, a quien temían todos los hombres.



VI
ULISES Y CALIPSO



La noche era oscura como boca de lobo y Ulises, rendido por la fatiga, durmió a la orilla misma del mar durante largo tiempo. Al romper el alba vio que el paraje en que se hallaba era muy bello y frondoso, que, sereno ya el mar, reflejaba un hermoso tono violeta y que este mismo color tenían los bosquecillos que cubrían la isla.

Ulises se adentró en ella y, andando y andando, llegó hasta una enorme gruta donde, al amor de la llama de una gran hoguera en la que ardían troncos de cedro y de sándalo que perfumaban con su aroma el ambiente, se hallaba la diosa Calipso, la de las preciosas trenzas. Su vestido brillaba como el sol y la luna juntos; llevaba un cinturón de oro y, con una lanzadera, también de oro, tejía riquísimas telas. Alrededor de la cueva crecían altos y copudos árboles en los que tenían sus nidos los búhos, las cornejas y las aves

marinas. Cuatro fuentes de agua cristalina murmuraban su canción cerca de la gruta, y, a su entrada, hermosas parras ostentaban racimos negros y dorados.

Calipso, a quien todos los hombres temían, trató al héroe con gran dulzura y bondad; lo cuidó con el mayor cariño y logró que volviera a recobrar sus fuerzas ya exhaustas. Perdido su barco, perdidos sus amigos, Ulises no tenía otro remedio que permanecer allí, donde la diosa lo retenía. La isla era muy hermosa y estaba cubierta de prados verdes, donde, con igual profusión que la hierba, crecían las violetas.

No obstante, Ulises estaba siempre triste. Todos los días se dirigía a la orilla del mar y miraba melancólicamente las aguas profundas que lo separaban de Itaca, su patria, y de su amada esposa y de su hijo. Calipso observaba con pena aquella tristeza y le decía:

–¿Qué te falta aquí? Si te quedas para siempre a mi lado no tendrás que temer a la enfermedad, a la vejez ni a la muerte.

Mas Ulises respondía:

–Pero quisiera ver, aunque sólo fuera de lejos, las playas de mi patria, y luego morir; no deseo vivir eternamente joven en esta isla florida, lejana de Itaca.

Y así transcurrieron ocho largos años. Poseidón, el dios del mar, castigaba terriblemente al héroe negándole su más ferviente deseo: volver a su patria. Lo castigaba por el delito de haber dejado ciego al cíclope Polifemo, hijo

predilecto del dios del mar. Pero Atenea, diosa de la sabiduría, se sintió tan conmovida al ver a Ulises día tras día sentado a la orilla del mar mirando las olas, bañado en lágrimas y lanzando tristes lamentos, que decidió socorrerlo.

La diosa Atenea, que conocía las muchas penas que en Itaca afligían a Penélope y a Telémaco, la mujer y el hijo de Ulises, quiso ayudarlos también. Aprovechando la circunstancia de que Poseidón se hallaba en una isla distante de la de Calipso, Atenea acudió a los dioses; con palabras claras les relató las tristes aventuras de Ulises, así como su ferviente deseo de volver a ver las playas de su amada patria, y les rogó que se apiadaran de él.

Y los dioses, oyendo la palabra convincente de la diosa Atenea, se apiadaron del héroe y llamaron a Hermes, el de los pies ligeros, su ágil mensajero. Hermes se calzó las sandalias doradas que lo hacían incansable y que velozmente lo llevaban sobre la tierra y sobre el mar. Llevó consigo, además, la vara de la paz que servía para adormecer a los hombres.

Y a través de la atmósfera, igual que el ave marina que sumergiendo sus alas en las olas persigue a los peces debajo del agua, Hermes se dirigió a la isla de Calipso. Atravesó los campos de violetas que circundaban la gruta de la diosa y no vio allí a Ulises. Vio, sí, a Calipso, que, dentro de la gruta tejía, con su lanzadera de oro, mientras entonaba una dulce canción.

Entretanto, Ulises, a la orilla del mar, derramaba lágrimas amargas que humedecían la arena, mientras fijaba sus melancólicos ojos en el horizonte que ocultaba las playas amadas. Calipso, al ver a Hermes, le ofreció los más ricos manjares y las más delicadas bebidas. El dios de los pies ligeros comió y bebió, y tras ello dio cuenta a la diosa del deseo de los dioses de que permitiera a Ulises el regreso a su patria. Calipso lo escuchó entristecida y contestó con amargura:

–Crueles son los dioses conmigo. Celosos son también. Cuando el héroe luchaba con las olas, abrazado al mástil de su nave, destrozado y frágil, fui yo quien lo salvó haciéndolo llegar hasta aquí. Yo curé sus heridas, yo le di franca y benévola hospitalidad... Y he aquí que ahora los dioses quieren quitármelo. Aunque yo me someta a su designio, ¿cómo podré enviar a Ulises a su país? No poseo embarcación alguna ni hay hombres en la isla que puedan acompañarlo en su viaje.

Pero Hermes, ante esta respuesta, insistió, diciendo con voz amenazadora:

–Si no envías al héroe a su patria, los dioses, irritados, te castigarán de modo espantoso.

Y dichas estas palabras, el dios de los pies ligeros se alejó, atravesando los verdes campos con la misma suavidad y presteza con que hasta allí había llegado, sin tocar con los pies alados los campos de violetas. En tanto, Calipso, entristecida, fue a buscar a Ulises. Lo halló en la playa,

contemplando siempre el horizonte y derramando lágrimas amargas.

–¿Por qué lloras, desgraciado Ulises? –le dijo la diosa–. Alégrate, que voy a disponer que regreses a tu patria. Levántate ligero y busca troncos para construir una balsa. Yo te daré agua y provisiones para que las lleves en ella. Te daré también ropas para el viaje, y haré que un viento favorable te conduzca sano y salvo a tu país. Bien a mi pesar me separo de ti, pero ello es voluntad de los dioses, más poderosos que yo.

Ulises, sabedor de que en aquellos ocho años la diosa no le había permitido separarse de ella, desconfió de sus palabras y le respondió:

–Temo que me engañes, Calipso. No me aventuraré en una débil balsa, por el vasto y traicionero mar, si no me juras que con tus palabras no intentas mi perdición.

Calipso sonrió con dulzura y apoyó una mano sobre el hombro del héroe, diciéndole:

–Deseo para tí tanto bien como quisiera para mí misma. Mi corazón no es de bronce como los hombres creen, sino tan tierno y sensible como el tuyo. Te juro por el agua de la laguna Estigia que te ayudaré hasta que llegues a Itaca y te encuentres entre los tuyos.

Y conduciéndolo a un punto de la isla desconocido por él, en el que crecían muchísimos árboles –chopos, abetos, álamos–, le dio una fuerte hacha de dos filos con mango de madera de olivo.

–Aquí tienes lo que necesitas para comenzar tu tarea. Después te traeré más herramientas y una pieza de tela de la más fuerte para hacer las velas.

Ulises, sintió de nuevo inundado su corazón de viva alegría y comenzó el trabajo. Derribando los altos árboles, cantaba como en los tiempos de su juventud. Pronto su fuerte hacha de bronce cortó veinte árboles enormes que descortezó y ahuecó por un costado. Enseguida, con las otras herramientas que la diosa le diera y la pieza de fortísima tela, tejida por la mano misma de Calipso, después de cuatro días de constante trabajo, Ulises tuvo su balsa concluida.

Entonces, botó a la mar la ligera embarcación para probarla. Al otro día, apenas despuntó la aurora, la diosa dio al héroe algunos vestidos y aprovisionó la balsa con agua, vino y los manjares que a Ulises le eran más gratos. Luego, se despidió del héroe y le indicó las estrellas por las cuales debía guiarse para hacer con toda facilidad su viaje. Tras esto, hizo que soplara un viento favorable. Extasiado por la más viva alegría, Ulises emprendió, al fin, el feliz regreso a su patria.

Siempre siguiendo los consejos de Calipso, Ulises navegó con bonanza durante dieciocho largos días. Al cabo de ellos, vislumbró en el horizonte las costas de una bella isla, que parecía un escudo flotante que brillara sobre las verdes aguas. Era el país de los feacios, famosísimos, célebres en todo el mundo.

Mientras tanto, Poseidón, que durante aquel tiempo había permanecido en apartadísimas regiones, volvía, deseoso de gozar nuevamente del dolor del héroe que él había castigado.

Al llegar a la isla de Calipso y ver que Ulises ya no estaba allí, y al saber que navegaba con buen rumbo en dirección a la hospitalaria tierra de los feacios, el dios del mar, comprendiendo que los otros dioses se habían apiadado de su enemigo, tembló de violenta cólera.

–¡Ah! –exclamó–. No han terminado todavía tus penas ni tus sufrimientos, Ulises. Pronto volverán unas y otros.

Inmediatamente reunió numerosas nubes negras; las juntó formando con ellas una tempestad violenta, levantó una espesísima niebla que ocultaba el mar, la tierra y el cielo, e hizo que se desencadenara un huracán furioso. Las olas se alzaron en tremendas cataratas; la noche cubrió tierra y mar con su negro manto; los vientos empezaron a luchar entre sí, haciendo de la frágil y primitiva embarcación en que Ulises navegaba el mejor de los juguetes. Nuevamente, Ulises, tras mucho pelear contra la borrasca, sintió que su valor desfallecía.

–¡Mejor me hubiera sido morir gloriosamente ante los muros de la ciudad de Troya –exclamó–, antes que sufrir tantos años sin arribar nunca a la playa deseada! ¡Allí, al menos, se me hubiera enterrado como a un valeroso guerrero, mientras que aquí he de morir oscuramente, devorado por las negras aguas!

Apenas dijo estas palabras, una ola formidable envolvió la balsa, destrozó el mástil, arrancó el timón de las manos de Ulises y lo arrojó al mar.



VII
ATENEA, PROTECTORA



Las furiosas olas jugaban con la balsa como el viento con el pétalo de una flor arrancada de su tallo. Las vestiduras de Ulises, empapadas por el agua salobre, se hacían más pesadas cada vez y arrastraban al héroe hacia el fondo. Había tragado mucha agua salada, y durante largo rato luchó por salir de nuevo a la superficie.

Ulises era fuerte y capaz de luchar aun contra los elementos desencadenados, y así fue que logró al fin ponerse a flote. Su primera mirada fue para buscar la balsa que danzaba cerca de él, a merced de las olas. Haciendo un soberano esfuerzo, logró el héroe agarrarse a ella y encaramarse sobre los destrozados troncos que aún quedaban. Los vientos siguieron zarandeando a su antojo la embarcación. El viento sur la empujaba al norte y allí la levantaba el viento del este y la echaba al sudoeste.

El dios del mar, el vengativo Poseidón, no perdonaba a su enemigo tortura ni dolor. El pobre Ulises, maltratado así por todos los elementos desencadenados contra él, no podía más.

Y he aquí que una hermosa ninfa que vagaba por aquellos mares se apiadó del héroe al verlo sufrir de aquel modo. Levantó vuelo sobre las aguas, como una ligera gaviota, se posó sobre la balsa y le dijo:

–Mucho te atormenta el dios del mar, pero su poder no puede hacerte morir. Sigue mi consejo y te salvarás. Cíñete mi velo a la cintura, despójate de tus ropas mojadas, deja que la balsa sea arrastrada a la deriva y arrójate al mar. Nada hacia tierra y, cuando llegues a tocarla, arroja el velo al mar, que él solo, por sí mismo, vendrá hasta donde yo me encuentre.

Y le dio el velo, tras lo cual se hundió en las aguas que se cerraron detrás de ella sin dejar otro rastro de su presencia que el tenue velo transparente.

Ulises temía las asechanzas del dios del mar y desconfiaba de la bondad de los otros dioses. Creyó que acaso la protección de la ninfa no fuera otra cosa que un lazo tendido para perderlo de una vez. No siguió, pues, el prudente consejo; no se desnudó ni se arrojó de la balsa al agua, antes decidió quedarse en ella mientras los troncos permaneciesen unidos.

Pero el dios del mar no cesaba en su cruel persecución. En aquel momento envió contra la balsa una ola

tan formidable que al chocar con ella destruyó la primitiva embarcación. Los troncos se separaron y flotaron dispersos. Ulises pudo asir uno de ellos y se subió a él ahorcajadas, como sobre un caballo. Y, en el último extremo de la desesperación, decidió seguir el consejo de la ninfa. Se despojó de sus ropas mojadas y se ató a la cintura el velo transparente. Entonces dejó el tronco en que iba montado y se arrojó entre la furia de las olas, nadando vigorosamente y sin tregua.

Viéndolo luchar con tan escasa defensa contra su gran poder, Poseidón, el dios de los mares, reía burlón. ¿Quién iba a prestar ayuda a aquel mísero ser errante en el ancho mar? El rencoroso dios de los mares, seguro de que nadie podría dar auxilio a Ulises, soltó las riendas de sus caballos marinos, que corrieron veloces, agitando sus crines al viento y, riendo todavía, se refugió tranquilo en su palacio submarino. Mientras, Ulises nadaba y nadaba por el ancho mar, valientemente. Y así pasó dos largos días y dos interminables noches. Atenea, la diosa de la sabiduría, lo contemplaba desde la altura con sus ojos verdes, apesadumbrada por sus sufrimientos. Ella fue quien logró que cesaran de soplar contra el héroe todos los vientos, excepto el del norte.

–Sopla, sopla a tu antojo, fuerte viento del norte –dijo la diosa de la sabiduría–; sopla allanando el camino de Ulises hasta que el héroe griego toque con sus pies las playas de la tierra de los feacios.

Y el viento norte sopló, como la diosa le ordenaba, llevando a Ulises hacia la tierra de los feacios, tierra de navegantes. El héroe nadaba vigorosamente. Tres días con sus noches avanzó así, errando por el ancho mar y, al apuntar el cuarto, el mar se calmó súbitamente, y el héroe divisó tierra cercana. Era la isla de los feacios, a cuya vista el corazón de Ulises latió con fuerza y sus brazos voltearon las aguas con redoblada energía.

Se hallaba ya muy cerca de la tierra. Divisaba perfectamente los árboles de los bosques que cubrían la isla, cuando lo asustó un ruido formidable. Era producido por las olas al chocar contra las rocas y levantar montañas de espuma, porque en la isla no había puerto ni bahía, sino que estaba toda rodeada de altísimos acantilados.

"Veo la tierra, al fin –pensó Ulises–, pero ello es lo más doloroso de cuanto hasta aquí ha acontecido, ya que no pasaré de estos lugares con vida ni jamás pisaré esas playas prometedoras. Si intento acercarme a ellas, las olas me arrojarán, furiosas, contra las rocas, destrozándome. Si doy la vuelta a la isla, buscando una entrada menos peligrosa, los encontrados vientos me alejarán nuevamente de tierra... ¡si es que el implacable dios del mar no envía un monstruo que me devore!"

Vacilaba así Ulises, cuando una ola formidable lo arrastró hasta el sitio donde era más feroz la arremetida de las aguas contra la roca. Prodigiosamente, Atenea le inspiró una idea feliz; de no ser así, el héroe hubiera perecido allí,

irremisiblemente. Entre el intervalo de una y otra ola, Ulises nadó rápidamente hacia la roca y se aferró a ella esperando el choque del agua. Llegó la ola, furiosa, descargándose sobre él. Pero al retirarse lo arrastró de nuevo, casi moribundo y con las manos desgarradas por el contacto con la áspera roca. Bajo el agua permaneció Ulises un momento, dispuesto casi a dejarse morir. Mas, Atenea lo protegía y le inspiró otra idea feliz.

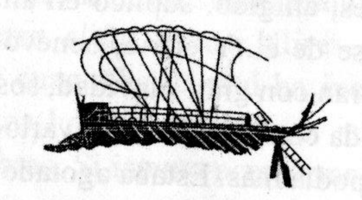
Nadando siempre, Ulises rodeó, siguiendo la inspiración de la diosa de los ojos verdes, la línea de los arrecifes, en busca de un lugar más propicio para tocar tierra. Pero cuando creía haber hallado adecuado lugar, se encontró con la desembocadura de un río, que penetraba resuelto en el mar altivo. Ulises, afligido, suplicó en alta voz al río que quisiera apiadarse de él. Y el río, benévolo, ordenó a sus aguas que corrieran con gran suavidad, sosteniendo al náufrago en su líquida corriente hasta llevarlo a tierra.

Ulises no podía más. Estaba agotado y exhausto. Moribundo casi, después de las duras pruebas pasadas, y sobre todo, de la última ruda lucha sostenida contra los elementos, tocó la playa pudiendo apenas sostenerse en pie. No obstante, hizo un esfuerzo soberano para acercarse a la orilla rocosa, desprenderse del velo de la ninfa, que llevaba atado a la cintura, y arrojarlo sobre las aguas rugientes.

Ligero, ligero, el velo se deslizó sobre la corriente; se adentró en el mar... Las aguas se abrieron para dar paso a la ninfa, que surgió de entre ellas y lo recogió, tras lo cual

volvió a hundirse en el mar. Ulises, derramando lágrimas de agradecimiento, besaba la tierra, entre las cañas que crecían en la margen del río. Subió después, casi repuesto por la alegría, hasta lo alto de una pequeña colina y llegó a un bosque, hasta un lugar en el que había dos olivos que juntaban su follaje, tan espeso, que ni el sol ni la lluvia lo hubieran podido atravesar. Con las hojas secas que encontró allí se hizo una cama mullida y se echó a dormir.

Atenea, protectora del héroe errante por tierras y mares, ordenó al Sueño que fuese a cerrar sus párpados y le inspirara sueños tan gratos y dulces que lo compensaran de todas las fatigas y penalidades pasadas.



VIII NAUSICA



El rey de los feacios tenía una hija tan bella y graciosa, tan bondadosa y amable con todos, que cuantos la veían la adoraban. Se llamaba Nausica, era casi una niña y la única hija de sus padres.

La diosa Atenea, protectora del héroe prudente, quiso poner la suerte de Ulises en las delicadas y suaves manos de tan pura doncella. Por ello se encaminó a palacio, penetró en la estancia en que dormía la princesita y en sueños le habló así:

–Ya es tiempo de que vayas a lavar tú ropa al río, Nausica, pues pronto te has de casar. Pídele a tu padre, mañana por la mañana, que te dé un carro y algunas mulas para llevar desde la ciudad a la orilla del río toda la ropa que debe lavarse.

Al llegar la mañana, la hermosa Nausica, recordando su sueño, corrió en busca del rey, su padre. El monarca se

preparaba para asistir al Consejo y la reina hilaba lana teñida con púrpura marina. Dijo Nausica al monarca:

–Quisiera, padre mío, que me dieras un carro de fuertes ruedas para llevar a lavar mi ropa al río. También lavaría la tuya, la de mi madre y la de mis hermanos.

Ruborosa, la joven no se atrevía a decir lo que la diosa le había comunicado durante su sueño acerca de su casamiento. El rey le contestó con el cariño que siempre empleaba para hablar a su hija:

–No sólo eso sino todo lo que me pidas he de concederte, hija mía. Ordena en mi nombre, pues, que nuestros esclavos preparen el carro y cuanto necesites para ir a lavar con tus amigas y esclavas.

Se preparó un carro de los mejores que el rey poseía, al que como tiro se le unieron varias mulas. Se colocó en el carro la ropa y también una cesta cargada de ricas provisiones, que preparó con el mayor cuidado la reina madre. Nausica, seguida de las otras doncellas, sus amigas y sus esclavas, subió al carro, empuñó las riendas e hizo que las mulas partieran al trote.

El carro llegó a orillas del río. Alegremente, las jóvenes desengancharon las mulas y las dejaron sueltas para que pacieran a su gusto. Las muchachas reían y cantaban, felices ante la perspectiva de aquel día de libertad y alborozo. Y así, cantando y riendo, empezaron a lavar, como en un juego, la ropa que habían llevado y, cuando estuvo toda lavada, la tendieron al sol para que se secara. Entonces se

bañaron y, después de vestirse, se dispusieron a comer, con el mismo contento.

¡Qué dichosas eran! ¡Qué alegres estaban! Cuando las provisiones preparadas por la reina saciaron su apetito, y como vieran que la ropa no estaba seca todavía, se pusieron a jugar a la pelota. La princesa Nausica era no sólo la más bella, sino también la más hábil en todos los juegos. Al tiempo que arrojaba la pelota certeramente, cantaba con voz dulcísima. Y así pasaron las doncellas largas horas en tan gozosos e inocentes juegos. La pelota dorada corría de mano en mano y la habilidad de las diestras para lanzarla y recogerla era aclamada con gritos de admiración y de júbilo.

Cuando supuso que la ropa estaría seca, Nausica lanzó la pelota a una de sus esclavas y, abandonando el juego, echó a correr hacia el lugar donde habían dejado lo lavado. Pero la esclava, distraída o torpe, no alcanzó la pelota, que fue a parar al río, arrastrada por la corriente, y se dirigía al mar. Al advertirlo, las doncellas lanzaron un grito agudísimo... Con él despertaron a Ulises, que dormía allí cerca, casi enterrado entre las hojas y oculto a las miradas por el follaje de los espesos árboles que le servían de dosel.

Al oír el grito de las jóvenes, el héroe se dijo:

–Ése es el grito de jóvenes doncellas que juegan. No debo estar lejos del poblado.

Y sintió el deseo de ir a ver dónde se hallaba. No estaba cubierto por ropa alguna, ya que a sus vestidos,

destrozados, los había arrojado al mar, al ceñirse en la cintura el velo de la ninfa. Para poder presentarse ante ellas, cortó ramas de los árboles, con las que se cubrió, en parte, el cuerpo. Así, medio cubierto de arena y de algas marinas, llevando por todo vestuario las hojas de los árboles, Ulises se encaminó hacia el lugar donde había escuchado el griterío de las jóvenes.

Como su aspecto era el de un primitivo hombre de los bosques, las muchachas, que se creían solas, apenas lo vieron avanzar echaron a correr, asustadas, en todas direcciones. Unas se ocultaron detrás de las rocas y otras fueron a parar a las dunas. Sólo Nausica fue valiente, como corresponde a una doncella de regia estirpe, y aguardó a pie firme a que el náufrago se acercara.

No mostró temor alguno y, de haberlo sentido, se hubiera disipado al oír las bondadosas frases del extranjero. Ulises dijo a la hermosa doncella quién era, le relató sus extraordinarias aventuras y le rogó que le indicara el camino a la ciudad, después de darle algo para cubrirse.

–No he visto jamás doncella de tan perfecta hermosura como tú –concluyó el héroe–; ten piedad de mí y que los dioses te favorezcan.

Y Nausica contestó:

–Con mucho placer te daré vestidos y te mostraré el camino de la ciudad, extranjero, pues me pareces un hombre bueno. Éste es el país de los feacios, de quienes mi padre es el rey.

Y después llamó a sus doncellas.

–¿Por qué huyen atemorizadas? –les dijo–. Este hombre no es ningún enemigo y sí sólo un pobre náufrago. Acérquense sin miedo; hay que darle de comer y beber y buscarle vestidos.

Las esclavas y las amigas de la princesa salieron de sus escondrijos y, cumpliendo las órdenes de ésta, corrieron a buscar, entre la ropa que llevaban en el carro, el vestido de uno de los príncipes. Profundamente agradecido, Ulises lo tomó, se encaminó al río, donde se lavó muy bien todo el cuerpo, y ya vestido con el rico traje, volvió, muy bien ataviado, a donde estaban las jóvenes. Parecía ahora tan apuesto y tan bello que Nausica dijo a sus doncellas:

–Miren al extranjero de quien hace unos momentos huían. Se presentó ante nosotras como un miserable y ahora parece un dios. Si un día llego a tener un esposo, me gustaría que se pareciera a él.

Las doncellas corrieron hacia el náufrago y le ofrendaron los restos de los manjares preparados por la reina. Le dieron también a beber un vino exquisito. Y el héroe comió y bebió ávidamente, pues hacía largos días que no probaba bocado y se sentía desfallecer. Cuando terminó su comida, las doncellas cargaron la ropa, ya seca, en el carro, engancharon las mulas, y Nausica subió, disponiéndose a guiar. Antes de partir, le dijo a Ulises:

–Yo conduciré ahora. Mis esclavas y tú pueden subir detrás. Pero iremos juntos mientras atravesemos los

campos. Una vez que divisemos las altas murallas y las torres de la ciudad, debes separarte de nosotras, extranjero, y quedarte atrás. De otro modo, los marineros del puerto, que son muy burlones, dirían al vernos: "¿Habrá ido Nausica a buscar un marido náufrago y extranjero siendo tantos los nobles feacios que quieren casarse con ella? ¿O es acaso un dios el que la acompaña?". Para que no murmuren ni de mí ni de ti, creo que lo mejor será que, en vez de entrar con nosotras en la ciudad, te sientes a su puerta, y cuando te parezca que ha transcurrido el tiempo necesario para que hayamos ya llegado a palacio, te dirijas a él, pues cualquiera a quien en la ciudad preguntes te indicará hacia dónde debes encaminarte. Entrarás, pues, en el palacio de mi padre, y cruzarás rápidamente los patios exteriores hasta llegar a una sala en la que hallarás a mi madre hilando purpúrea lana a la lumbre del hogar, con la cabeza apoyada en el respaldo de su silla, mientras nuestras esclavas la rodean. A ella debes dirigirte ante todo; en su presencia debes doblar primero la rodilla. Si ella te acoge con bondad, lo que es casi seguro, mi padre te proporcionará los medios para volver a tu país. El trono de mi padre está en la misma estancia, pero no es ante él sino ante ella que debes arrodillarte.

Y, terminando de decir estas palabras, Nausica fustigó las mulas y su carro se alejó rápidamente de aquellos lugares, con Ulises y las demás jóvenes. Pronto quedaron atrás, muy atrás, el argentado río, los verdes cañaverales, que el viento agitaba y acariciaba, y el furibundo y ancho mar.

IX
ULISES ENTRE LOS FEACIOS



Mientras el héroe permanecía un buen rato ante los muros de la ciudad feacia, aguardando que la princesa llegara a su palacio, la hermosa Nausica entraba en su regio aposento. Sus hermanos, que la adoraban, quisieron con sus manos descargar la ropa y soltar las mulas. Mientras tanto, la aya de la princesa encendía el fuego y preparaba la cena.

Pasada una hora, Ulises creyó que ya era tiempo de entrar en la ciudad de altas murallas. Y admiró Ulises el hermoso puerto, en el que se hallaban ancladas numerosas naves.

Llegó ante los muros de palacio y quedó maravillado al ver que éstos eran de bronce pulido y que el Sol se reflejaba en ellos de modo deslumbrante. Las puertas eran de oro macizo, con las jambas de plata y los llamadores de oro, y de bronce los umbrales.

Ulises, maravillado, atravesó por entre aquellas riquezas y llegó al vestíbulo, en el que se veían numerosas estatuas de oro macizo, representando animales y hombres que sostenían hachas encendidas. Al fondo del vestíbulo verdeaba un frondoso jardín en el que multitud de árboles frutales daban el regalo de sus frutos durante todo el año.

Ulises admiró tanto esplendor sin detenerse. De prisa cruzó las salas hasta llegar a una en la que halló, en efecto, a la reina hilando purpúrea lana, rodeada de sus doncellas. En medio del asombro de los presentes, Ulises se aproximó a ella e hincó en tierra una rodilla. Y habló así, dirigiéndose a la soberana:

–He llegado hasta aquí, ¡oh, reina!, a través de los mayores peligros que jamás hayan rodeado a hombre alguno. He sufrido mucho lejos de mi patria y de tu piedad aguardo los medios para volver a ella.

Después, el héroe se levantó y fue a sentarse en un rincón, cerca del fuego. Por unos momentos, todos los que estaban allí permanecieron callados.

Entonces el rey, después de consultar a uno de sus cortesanos, dijo al extranjero:

–No está bien que permanezcas sentado junto al fuego, en un rincón. Toma asiento en la silla de mi hijo, la de bellas aplicaciones de plata, y mis criados te traerán ricos manjares y exquisitos vinos.

Enseguida, los criados del rey de los feacios trajeron al náufrago, en palanganas de reluciente oro puro,

agua para lavarse las manos. Y se preparó una gran comida, compuesta de los más delicados manjares, y en la que, para honrar mejor al huésped del rey, participaron todos los allí presentes.

Fue una hermosa fiesta, en la que Ulises, después de tantas y tan duras pruebas, halló de nuevo el regalo de la compañía y de la cordialidad de los hombres. El agasajo terminó a altas horas de la noche, y el héroe, a petición de los presentes, narró su extraordinaria historia y los numerosos peligros y trabajos padecidos en su viaje, aunque no dijo quién era él. Y el rey prometió a Ulises que le proporcionaría los medios para que pudiera volver pronto a su país.

Cuando terminaron el banquete y la fiesta, y Ulises quedó solo con los reyes, la reina le preguntó:

–Ese vestido que llevas lo he hecho yo con mis manos; ¿quién te lo ha dado, extranjero? Entonces Ulises refirió a los reyes su encuentro con Nausica, la princesa. El rey pareció enojarse:

–Ha obrado mal nuestra hija no trayéndote con ella a palacio para honrarte desde el primer momento –dijo.

Mas el héroe explicó al monarca las razones que la joven había tenido para hacerlo así.

–La princesa Nausica –añadió– es la doncella más hermosa, más buena y más valiente de cuantas existen.

Las esclavas prepararon a Ulises un lecho mullido y cubierto de púrpura, un verdadero lecho de rey. Y el náufrago que tan rudos trabajos había pasado, dichoso de no

sentir ya sus ropas empapadas en las salobres aguas, de no ser zarandeado de un lado para otro por las furiosas olas, de no escuchar ya el imponente rugido del mar, se durmió profundamente. Se hallaba en un hermosísimo palacio, todo de oro y de bronce, se daban fiestas y banquetes en su honor, los reyes lo trataban bondadosamente y, cerca de él se encontraba Nausica, la más bella y la más dulce y buena de todas las princesas. Además, con la ayuda del rey de los feacios, era seguro que pronto pisaría de nuevo las playas de su adorada patria.

No obstante, el rey suplicó a Ulises que no dejara la ciudad tan pronto. En honor al extranjero se celebraron juegos magníficos, en los que hubo lucha, salto, carreras y lanzamiento de disco. En ellos se distinguieron los príncipes, hermanos de Nausica, sobresaliendo entre todos; cuando, por deferencia al extranjero, le rogaron que lanzara el disco a su vez, Ulises dejó a todos maravillados, arrojando un disco más grande a muchísima más distancia. Por la noche se celebró, también en honor del forastero, una magnífica fiesta a la que asistió toda la corte, y en la que los rapsodas del rey entonaban canciones bellísimas. Pero las más hermosas de todas, las que más entusiasmaron a los concurrentes, fueron aquellas en las que se relataba el sitio de Troya y las hazañas del prudente Ulises. Al oír todo, el héroe no pudo contener por más tiempo las lágrimas que lo ahogaban y que se deslizaban silenciosas por sus mejillas. Sólo el rey lo observó, lo que lo movió a preguntar la causa.

Contestó el héroe:

–Es que yo soy el propio Ulises, de quien hablan esas canciones, y las hazañas que ensalzan tus rapsodas son las mías.

Al oír estas palabras, el rey le rindió homenaje y otro tanto hicieron los que allí estaban. El monarca regaló al héroe una magnífica espada con puño de plata, y la reina, los príncipes y los cortesanos le hicieron también presentes espléndidos. Nausica contemplaba ahora al héroe vestido de púrpura y rodeado de majestad y grandeza, y pensaba que jamás, en toda su vida, había visto un héroe tan valiente y tan fuerte.

Al llegar la noche, como el extranjero debía partir a la mañana siguiente, la dulce Nausica se acercó a él, diciéndole:

–Adiós, extranjero. Adivino que ya no volveré a verte. Cuando estés en tu amada patria piensa alguna vez en la princesa Nausica.

Y Ulises contestó:

–Todos los días de mi vida te recordaré, hermosa Nausica, porque tú eres quien me ha devuelto a la vida.

Al día siguiente, el rey de los feacios fletó un magnífico buque que, con un nutrido acompañamiento, debía llevar a Ulises de regreso a su país.

Y se hizo el barco a la mar, con rumbo a su añorada Itaca. Los feacios que acompañaban a Ulises colocaron sobre cubierta una alfombra, en la que se tendió el héroe.

Y cuando los remos agitaron las ondas verdes, el navegante se quedó dormido. Volaba, más que corría la nave, deslizándose por el ancho mar. Los marineros eran hábiles y el tiempo, propicio. Una brisa refrescaba las sienes del héroe. Y así, navegando velozmente, al amanecer del día siguiente al que saliera Ulises de entre los feacios, llegó, al fin, el bajel a Itaca. Mientras Ulises dormía, los marineros desembarcaron y, levantando con gran delicadeza al héroe, lo llevaron debajo de unos árboles, donde lo dejaron envuelto en el tapiz púrpura. A su lado, pusieron los tesoros que el rey de los feacios le había regalado. Después volvieron a embarcarse y emprendieron el retorno a su país.

Ulises, fatigado, seguía durmiendo. Atenea lo rodeó de una espesísima niebla que daba a los árboles, al cielo y al camino un aspecto singular.

Cuando Ulises despertó, no reconoció el sitio en que se encontraba.

–¡Ay de mí! –exclamó–. Los feacios me han engañado y, en vez de llevarme hasta Itaca, como me prometieron, me han dejado en una tierra extraña, donde, sin duda, vendrán a robarme.

Y he aquí que entonces se le apareció la diosa Atenea, que miró a Ulises con suma dulzura. Bajo los espesos olivos cuyo follaje protegía a Ulises, la diosa se sentó y, lentamente, le contó al héroe todo lo que había sucedido en Itaca desde que él partiera hacia Troya.

X
LA TELA DE PENÉLOPE



Largos fueron los años que Ulises combatió ante los muros de Troya. Largos también los que transcurrieron antes de que el héroe alcanzara a ver otra vez las playas de su patria. Entretanto, en Itaca, el pequeño Telémaco iba haciéndose hombre.

El niño siempre recordaba a su padre, el héroe, de modo vago, impreciso, y deseaba vivamente que volviera. Amaba con ternura a su madre, y por ella, más que nada, deseaba el regreso del héroe.

Sucedía que, como Ulises tardaba tanto en volver, y el reino era muy rico y la reina, muy hermosa, los nobles de la corte ambicionaban que Penélope quisiera casarse con alguno de ellos. Ellos eran malos y codiciosos, y lo que pretendían era, en realidad, posesionarse de los bienes y de las tierras del rey desaparecido. Juzgaban que Ulises debía de haber muerto, y que, como Telémaco era sólo un niño

aún, no encontrarían obstáculos en su camino. Y los nobles fueron a instalarse en el palacio de Penélope y de Telémaco y permanecieron allí largo tiempo comiendo, bebiendo y disfrutando de las riquezas de Ulises. Esta situación molestaba mucho a la reina, quien hizo, inútilmente, todo lo posible para evitarla. Cada uno de estos nobles le preguntaba:

–¿Por qué no te casas conmigo?

La reina no sabía cómo deshacerse de ellos, porque, además de no olvidar ni un momento a Ulises y confiar siempre en su regreso, odiaba a esos hombres codiciosos y autoritarios. Como cada día le exigían que se decidiera por uno o por otro, y estaba cada vez más afligida y resuelta a aguardar a que Ulises volviera, imaginó un plan para aplazar indefinidamente su respuesta a los nobles. En la sala más hermosa del palacio, Penélope instaló un telar y afanosamente comenzó a tejer en él una hermosísima tela. Apenas la comenzó, presionada de nuevo por los pretendientes por una respuesta, les contestó:

–No puedo dar ninguna respuesta hasta que no acabe de tejer esta tela.

Y, para mejor ganar tiempo, trabajaba todo el día en su tarea, afanosamente, pero al llegar la noche, cuando los pretendientes dormían, deshacía lo que durante el día había tejido. Así la labor no avanzaba ni un punto, no se acababa nunca y, con eso lograba aplazar la boda indefinidamente. Pero la vida de Penélope, lejos de su esposo y acosada siempre por los codiciosos pretendientes, era muy

triste. Con frecuencia, la reina de Itaca y Telémaco, su hijo, lloraban juntos.

Hasta que cierto día, mientras los pretendientes comían y bebían despreocupados, como si fueran ellos los dueños del palacio y del reino, Telémaco, apoyado con tristeza en la puerta, pensaba con nostalgia en el padre ausente, y de pronto vio llegar a un extranjero hermosísimo, ataviado con traje de guerrero, todo de oro y plata. No era otro el recién llegado que la mismísima diosa Atenea, que al haber obtenido de los dioses permiso para liberar a Ulises, había logrado también ir a Itaca en ayuda del joven Telémaco.

Al ver al hermoso desconocido –es decir, a Atenea oculta bajo el traje de guerrero–, Telémaco se adelantó a recibirlo, lo despojó cortésmente de la lanza de bronce y de la espada, y le ofreció asiento en una de las más hermosas sillas, lejos del estrépito que los nobles hacían en su alborozado banquete.

–Bienvenido seas a mi casa, extranjero –dijo el joven–. Come y bebe a tu placer, y dime después en qué puedo servirte.

Telémaco hizo que le sirvieran al desconocido manjares escogidos y deliciosos vinos en vajilla de plata y oro. Entretanto, los pretendientes de la reina alborotados jugaban y reían después de la opulenta comida, en la estancia contigua.

Telémaco los contemplaba con ira, y al fin dijo a Atenea:

–Esos hombres creen que mi padre ha muerto y que sus huesos están desde hace tiempo cubiertos por el agua salada de los mares. Y por ello viven, comen y beben de lo que sólo a mi padre pertenece... ¡Cómo huirían los muy cobardes si mi padre estuviese vivo y se presentara, de pronto, en palacio! Dime tú, extranjero, que tal vez vienes de lejanas tierras, después de recorrer muchos países, ¿has visto alguna vez a mi padre? ¿Sabes acaso si ha muerto o si aún vive?

La diosa Atenea miró bondadosamente al joven Telémaco, y le contestó con dulzura:

–Tú padre vive aún. Yo lo he visto y sé que se parece mucho a ti en la figura y en los ojos. Ahora se halla en una isla lejana, pero no tardará en volver a su patria.

Muy contento Telémaco al oír la feliz noticia, y animado por la bondad que le mostraba el extranjero, le contó cuanto les sucedía a él y a su madre, y la desgracia que eran para ellos la codicia y la desfachatez de los cortesanos.

La diosa lo escuchó con cariño y le dio consejos prudentes:

–Es preciso que actúes como tu padre lo haría en tu caso. Mañana, en el Consejo, anuncia a los nobles tu resolución de que abandonen esta casa. Después... sé valiente y las generaciones futuras alabarán tu nombre.

Entonces la diosa concedió al joven un don del que él no se percató siquiera. Infundió en su corazón ánimo y valentía, y quien momentos antes fuera un muchacho triste

y medroso, se convirtió, en unos instantes, en un hombre fuerte y valiente.

–No olvidaré jamás que me has tratado como a un hijo, extranjero –agradeció Telémaco y luego rogó a la diosa que consintiera en quedarse algún tiempo en el palacio y que aceptase un magnífico regalo.

Pero Atenea se alejó y no quiso llevarse ningún obsequio. Los pretendientes de la reina habían terminado su festín sin advertir la breve permanencia del extranjero en el palacio. Y hacían entonar, para su recreo, a un rapsoda, el poema del sitio de Troya y del regreso feliz de los combatientes.

Penélope, que desde sus habitaciones oyó la canción del rapsoda, bajó a la sala del festín impulsada por su corazón. Se detuvo llorando, en el umbral, y dijo al que cantaba:

–No cantes canción tan engañadora. ¿Por qué te refieres al regreso de los guerreros de Troya, si mi esposo, Ulises, el prudente, no ha vuelto?

Pero Telémaco le habló con dulzura y firmeza a la vez, haciéndole ver lo injusto de sus palabras. Después, con enérgica voz, dijo a los pretendientes:

–No hagan más ruido por esta noche. Mañana nos reuniremos en el Consejo y trataremos los más graves asuntos. Es preciso que sepa si piensan seguir viviendo y gastando mi caudal, o si me está permitido ser rey de mi país y amo de mi casa.

Estas palabras sorprendieron a los pretendientes, que creían siempre tener que luchar con un niño y ahora se veían frente a un hombre. Se mordieron los labios y trataron de responder con indignación, pero Telémaco no les hizo caso. Les volvió la espalda y se fue a dormir.

Apenas despuntó el alba, el hijo de Ulises se vistió, ciñó su fuerte espada, tomó en la mano su lanza de bronce y, seguido de dos de sus perros, ordenó a sus heraldos que convocaran al Consejo. Y él mismo se dirigió al lugar donde la sesión debía celebrarse. No se había convocado al Consejo en Itaca desde que Ulises partiera, y, en verdad, la arrogante actitud de Telémaco demostraba que quien lo convocaba ahora era un valiente. Su aspecto era más propio de un dios que de un hombre.

Cuando llegaron todos los nobles, Telémaco se levantó para hablar, doliéndose de la prolongada ausencia de su padre, el héroe prudente, y recriminando a los nobles pretendientes de su madre, que aprovechaban su ausencia para derrochar lo ajeno y para vivir, como en tierra conquistada, en la casa de una mujer indefensa y de un niño débil.

Reinó un profundo silencio. Sorprendía ahora a los nobles la súbita energía del joven, con la que no contaban. Uno de ellos se levantó para contestar a Telémaco:

–Tu madre, Telémaco, es la única que merece tus reproches. En espera de su respuesta estamos viviendo desde hace tres años en palacio. Para darnos una respuesta, nos pide que aguardemos a que esté concluida la tela que teje,

y una doncella suya nos ha dicho ayer, ¡después de haber nosotros creído cándidamente en su palabra!, que de noche deshace lo que de día teje. Ahora ya no puede engañarnos, pues conocemos su ardid. Que termine su tela y elija nuevo esposo. Cuando lo haya hecho, se quedará aquí el elegido y los demás partiremos.

Se indignó Telémaco y de nuevo conminó a los pretendientes para que se fueran.

–Si no hacen lo que es de justicia –dijo, por último, el joven–, los dioses castigarán su infamia.

En aquel momento aparecieron volando dos águilas, que, lanzándose una contra otra, empezaron a pelearse, hiriéndose fieramente en la cabeza y en el cuello. Al verlas, dijo un anciano:

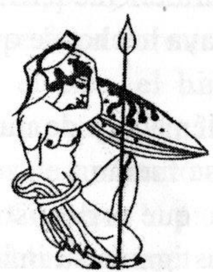
–He aquí un presagio cierto de que Ulises volverá y de que una grave calamidad amenaza a los que aspiran a la mano de Penélope.

Pero los pretendientes se rieron de la predicción del viejo y le aseguraron que Ulises tenía que estar muerto, después de una ausencia de tantos años.

–Hasta que Penélope no se decida a casarse con uno de nosotros, no nos moveremos de palacio –dijeron a Telémaco.

Entonces el joven les aseguró que se embarcaría para ir en busca de su padre, pero ellos se rieron de él y sólo Mentor tuvo la nobleza de mostrarse partidario del príncipe. Y fue preciso disolver el Consejo.

XI
TELÉMACO



Mientras los nobles volvían a sus interminables y dispendiosas fiestas, Telémaco se dirigió a la orilla del mar, se arrodilló en la playa y dijo:

–Bien comprendo que eres un dios, ¡oh, extranjero que ayer me hablaste con tanta bondad! Apiádate ahora de mí, y ya que sólo a ti puedo pedir ayuda, dime cómo me embarcaré para ir en busca de mi padre.

Y la diosa Atenea volvió a aparecérsele.

–Ten valor –le dijo–. Vuelve a palacio y prepara abundantes provisiones para el viaje. Te daré el mejor navío de Itaca y una tripulación de hombres valientes y fieles.

Volvió Telémaco a palacio con el corazón lleno de desbordante alegría. Los pretendientes de la reina que, como de costumbre, se hallaban ocupados en los preparativos de otro gran banquete, empezaron a burlarse de él.

Dijeron unos:

–Ahí tienen al orgulloso Telémaco, que se encoleriza contra nosotros.

Y otros:

–De manera que éste es el jovenzuelo que quiere destruirnos.

–Que se vaya pronto –añadió un joven–, así podremos repartirnos entre todos sus riquezas. Porque es seguro que si se va no volverá, como no ha vuelto su padre. Entonces, el palacio y el reino serán de aquel de nosotros que se case con Penélope.

El joven hizo como que no los había oído y siguió su camino. Se dirigió apresurado a la cámara donde se guardaban, desde la partida de Ulises, los tesoros del rey, y en la que había grandes montones de oro y de cobre, numerosas cajas repletas de ricas vestiduras y ropajes finísimos, y una gran cantidad de toneles de vino centenario. Para preservar aquel lugar de la codicia de los pretendientes de la reina, las puertas de la estancia permanecían cerradas de día y de noche.

La nodriza de Telémaco, una bondadosa viejecita, guardaba las puertas y las llaves. Y dijo Telémaco a la fiel nodriza:

–Esta noche voy a salir mar adentro en busca de mi padre; prepara una buena cantidad de trigo y de vino para el viaje y, cuando mi madre se retire a descansar a su estancia, lo llevaremos todo a la nave.

–Tú padre ha muerto, hijo mío –replicó la nodriza derramando abundantes lágrimas–; tú eres nuestra única alegría y si te vas te perderemos como ya hemos perdido al rey. Siendo joven e inexperto, ¿que harás a través del ancho mar? Apenas te alejes, los infames cortesanos se apoderarán de todo lo que es de tu madre, la obligarán a escoger esposo entre ellos y te despojarán del reino. ¡No arriesgues así tu vida, no sigas el camino errante para perderte como tu buen padre!

Pero Telémaco dio ánimos a la nodriza, asegurándole que la diosa Atenea le había aconsejado que se alejara de su país en busca del héroe.

–Pero no quiero –concluyó el joven– ver las lágrimas de mi madre al informarla de mi partida. Prométeme, pues, que nada le dirás de mi marcha hasta que yo me haya alejado.

Sumisa, la nodriza prometió obedecer a su joven amo, y juntos comenzaron los preparativos del viaje. Prepararon trigo y vino y llamaron hombres que los condujeran al barco que había preparado la diosa Atenea. Cuando la noche envolvió la Tierra en su manto negro, la diosa envió un profundo sueño sobre los pretendientes de la reina y, después, fue a buscar a Telémaco a palacio y lo condujo hasta la nave. También Atenea subió a ella y se sentó junto a Telémaco.

Un viento favorable hinchaba las velas y, durante toda la larga noche, la travesía fue del todo feliz.

Apenas rompió el día, divisaron una isla en la cual desembarcaron Atenea y Telémaco. Sus habitantes recibieron muy bien a los navegantes, pero no supieron darles noticias de Ulises, del que nada sabían desde el fin de la guerra de Troya, hacía ya muchos años.

Pero Atenea, obrando un prodigio del que todos dedujeron que aquel joven guerrero debía ser un dios, se transformó en águila marina, levantó vuelo y dejó a Telémaco en la isla, al cuidado de sus gobernantes.

Entretanto, en Itaca, los pretendientes de la reina echaban de menos la presencia del príncipe. Como no se preocupaban mucho de él, imaginaron que acaso estaría en alguna larga partida de caza por las cercanías, y aguardaron tranquilamente su regreso. Sólo Penélope, aunque nada sabía del viaje y pensaba acerca de la ausencia de su hijo lo mismo que sus pretendientes, se inquietaba y lloraba por no tenerlo cerca.

Y he aquí que un día en que los nobles se hallaban delante del palacio jugando, llegó hasta ellos el hombre que había proporcionado el navío a Atenea –la que para pedírselo había tomado la forma del joven Telémaco– y habló así a los pretendientes:

–¿Todavía no ha vuelto Telémaco? Necesito emprender un corto viaje y es indispensable que me devuelva mi nave.

Con esto supieron los pretendientes de la reina que el príncipe se había embarcado hacía largos días en la más li-

gera de las naves de Itaca, acompañado por los más hábiles y resueltos marinos del país. Se enfurecieron los nobles y, a su vez, se embarcaron para ir en busca de Telémaco, al que pensaban matar.

Penélope, enterada de lo que ocurría, derramaba lágrimas amargas y reprochaba a sus esclavas por no haberla enterado del viaje de su hijo. Entonces, la anciana nodriza habló así a la reina:

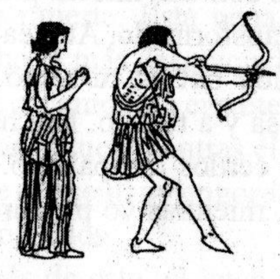
–Sólo a mí debes reprochar y hasta matarme, si quieres. Sólo yo sabía la intención del príncipe, pero él me obligó a jurarle que nada te diría por no verte derramar lágrimas de pena. No temas, sin embargo, porque la diosa Atenea lo acompaña y cuida de él.

Pero todos los consuelos de la nodriza no pudieron tranquilizar a la buena madre, y sólo cuando por la noche, entre sueños, se le apareció la diosa de los ojos grises y le aseguró que su hijo volvería a palacio sano y salvo, enjugó Penélope sus ojos y pudo conciliar el sueño.

Mientras, los pretendientes de la reina, en una nave negra, avanzaban por el ancho mar, armados con lanzas de bronce y dispuestos a dar muerte al joven príncipe. Y desembarcaron en una isla por la que debían pasar todas las naves que volvían a Itaca y allí aguardaron a que llegara la que Telémaco gobernaba.



XII
ULISES EN SU PATRIA





Mientras Telémaco se alejaba de Itaca para buscar a su padre, el héroe llegaba a las playas de su bien amado país. Desgarrada la niebla que lo hacía desconocer aquellas tierras, Ulises suplicó a Atenea, que estaba a su lado:

–¡No me abandones! Si puedo contar con tu auxilio, me siento capaz de vencer a los pretendientes de mi esposa y aun a trescientos hombres más.

Y la diosa protectora de los ojos grises le prometió que lo ayudaría hasta el final y le aconsejó el modo de combatir contra los nobles de Itaca y de vencerlos. Después hizo que en una cueva cercana escondiera el oro, las vestiduras y los espléndidos obsequios que le regalara el rey de los feacios, padre de Nausica. Con su varita de oro lo tocó en la cabeza, transformándolo en un anciano de blancos cabellos y andar tembloroso.

Desapareció su rubia cabellera, se apagó el brillo de sus ojos y su piel apareció surcada por profundas arrugas. Y, en vez de los magníficos vestidos donados por el rey de los feacios, cubrió sus hombros con una mísera piel de ciervo. Cuando Ulises estuvo así transformado, Atenea le dijo:

–Un hombre te ha sido fiel en tu reino. Y no sólo a ti, sino también a tu esposa y a tu hijo. Ese hombre es el porquerizo que guarda los cerdos del palacio. Acércate a él y fíate de cuanto te diga, mientras yo procuro el regreso de Telémaco, tu hijo.

Y contó la diosa cómo había incitado a Telémaco a partir de Itaca en busca de su padre, no sólo para que se hiciera un hombre valiente y se acostumbrara a los peligros del mar y la tierra, sino también para librarlo de las acechanzas de los pretendientes.

Después, Atenea, convertida de nuevo en águila marina, elevó vuelo sobre el mar, mientras Ulises subía la montaña y se dirigía a la cabaña de piedras y ramas en que habitaba su porquerizo. Más de trescientos cerdos guardaba el viejo servidor, a quien ayudaban otros tres hombres y cuatro perros feroces. Esto se debía a que en Itaca se necesitaba gran cantidad de carne, que los pretendientes de la reina consumían en sus festines.

Cuando Ulises se acercó al porquerizo, éste estaba sentado a la puerta de su cabaña, haciéndose unas sandalias de cuero. Y al ver los perros del viejo a aquel hombre harapiento que se acercaba, avanzaron hacia él, ladrando

furiosos, enseñándole los dientes. Si no lo destrozaron fue porque el porquerizo, dejando su tarea, acudió a contenerlos. El buen hombre, dirigiéndose al recién llegado, dijo:

–Toda mi vida hubiera llorado si mis perros te hubiesen dado muerte. Esta pena, añadida a las demás, me hubiera hecho el más desgraciado de los hombres. Pues has de saber que mi amo está errante desde hace largos años por lejanas tierras y que, mientras él tal vez sufre hambre y sed, yo tengo que apacentar y engordar sus cerdos para que otros se regalen con ellos.

Después de esto, el buen hombre colocó en el suelo hojas y una piel de cabra para hacerle un asiento al extranjero. Luego mató dos lechones, los asó y agasajó con ellos a Ulises. Y, a este manjar, añadió una copa de vino tan dulce como la miel. Mientras comía, el porquerizo le contaba a Ulises la conducta pérfida de los pretendientes de la reina y sus abusos en palacio. Entonces, Ulises le habló así al buen hombre:

–¿Por qué no me dices el nombre de tu amo? Yo que he viajado por tierras y por mares, acaso lo conozca.

Y contestó el anciano:

–No quiero decirte el nombre de mi amo, que sin duda ha muerto, pues cuantos llegan a Itaca cuentan que le han ocurrido las historias más raras, y su esposa, al escucharlas, derrama abundantes lágrimas. Todas esas historias son falsas y tú, lo mismo que los otros, inventarías lo que mejor te placiera con tal de obtener el favor de mi ama.

Ulises contestó:

–No me digas el nombre de tu amo si no quieres, pero yo te juro que volverás a verlo y ello no tardará en suceder porque será antes de que llegue la luna nueva.

Todo el día permaneció Ulises en la cabaña de su servidor. El buen hombre, cuando los otros porquerizos llegaron a la cabaña, dio un festín en el que ofreció lo mejor que tenía a su huésped. Como la noche era tempestuosa y caía una fuerte lluvia, el porquerizo hizo un lecho en el que el desconocido pudiera dormir. Después, desafiando la tormenta, salió a vigilar a los cerdos. Y el héroe comprendió que aún tenía en su país un fiel servidor.

En tanto, llegaba Atenea volando a la isla en que dejara al joven Telémaco. Le ordenó que partiera inmediatamente para Itaca y el príncipe abordó su nave y levó anclas. Un viento favorable impulsó el navío con gran rapidez. Era noche cerrada cuando el barco pasó por delante de la isla en la que los pretendientes de la reina aguardaban el paso de la nave de Telémaco para matar al joven. Pero, como la noche era oscura y Atenea envolvió al navío en una espesa niebla, los pretendientes no pudieron verlo.

Siempre guiado por la diosa de los ojos grises, Telémaco desembarcó en la orilla más próxima a la cabaña del porquerizo. Con su lanza de bronce en la mano avanzó hacia la montaña. Ulises aguardaba a que el anciano le sirviera la comida matinal, cuando de pronto vio llegar hasta él un joven gallardo, de ojos brillantes y apuesta figura.

Antes de que llegara a la cabaña, dijo Ulises al porquerizo, que estaba adentro:

–Un hombre se acerca. Pero sin duda es un amigo, pues tus perros, en vez de ladrar, saltan a su encuentro, gozosos.

Al oír el porquerizo estas palabras, salió corriendo de la cabaña, pues el gozo de sus perros le hacía comprender quién era el recién llegado. Al ver al príncipe, derramó lágrimas de alegría y lo condujo después a la cabaña y puso ante él los mejores manjares mientras le decía:

–¡Has vuelto, Telémaco, temí no volver a verte!

Así supo Ulises que el que acababa de llegar era su propio hijo.

Comió el príncipe con los porquerizos, y aunque Ulises estaba vestido como un harapiento mendigo, Telémaco lo trató con bondad y cortesía. Luego se disculpó por no poder recibirlo en su morada aduciendo que ésta estaba invadida por los pretendientes de su madre, que cometían allí todo tipo de iniquidades.

A ello le respondió Ulises, sin darse aún a conocer:

–¡Preferiría estar muerto antes que ver en mi casa espectáculos vergonzosos como los que relatas!

Y el joven Telémaco exclamó:

–¡Muchas de las cosas que nos pasan están en manos de los dioses! Si el destino pudiese ser elegido por los hombres, mi madre y yo elegiríamos el día del retorno de mi padre como el más glorioso.

Y Ulises no pudo dejar de sentir orgullo al ver los buenos sentimientos del joven.

Mientras, el príncipe le pidió al porquerizo que corriera a comunicar en secreto a la reina el feliz regreso del joven. En tanto, la diosa Atenea, invisible para todo el que no fuera Ulises, hizo al héroe una seña para que saliera de la cabaña. Una vez a solas con Ulises, ella habló:

–Ya puedes decir a tu hijo quién eres.

Lo tocó con su maravillosa varita y de nuevo Ulises se convirtió en un hombre joven y fuerte, vestido con los magníficos trajes que le diera el rey de los feacios, padre de Nausica. Tan hermoso estaba cuando regresó a la cabaña, que el joven príncipe creyó que era un dios. Pero el héroe lo sacó de su error, diciendo:

–No soy un dios, Telémaco. Soy tu padre. Soy Ulises, el que combatió diez años ante los muros de Troya.

Imposible es describir la alegría que sintieron padre e hijo, tan largo tiempo separados, al poder abrazarse y permanecer juntos y hacer felices proyectos para el porvenir. El primero de todos fue el modo de castigar a los nobles codiciosos y pérfidos. Nuevamente la diosa convirtió a Ulises en mendigo y, cuando el porquerizo llegó, no advirtió cambio alguno. El pobre hombre venía tristísimo, pues los nobles, furiosos al ver que Telémaco, en su regreso a Itaca, había escapado a su fiera venganza, habían regresado a su vez jurando darle muerte apenas lo vieran. Al oír estas palabras, Telémaco y Ulises se miraron y sonrieron.

A la mañana siguiente, Telémaco partió para palacio.

–Voy a ver a mi madre –dijo al porquerizo–, conduce tú a este mendigo a la ciudad, para que allí le socorran.

Y Ulises asintió, fingiendo siempre su papel de mendigo.

Cuando llegó Telémaco a la ciudad, la primera persona a quien vio fue a su anciana nodriza. La buena mujer se echó a llorar de alegría, pues había pensado que jamás volvería a verlo. La reina, al oír su voz, bajó al vestíbulo y, bañada también en lágrimas, lo besó y abrazó tiernamente.

–Creí que jamás volvería a verte, dulce luz de mis ojos –dijo al joven príncipe.

Acto seguido, Telémaco se dirigió a la sala donde los pretendientes celebraban uno de sus acostumbrados festines. El príncipe no se dignó siquiera mirarlos y sólo buscó a su amigo Mentor para relatarle cuanto le había ocurrido.

El fiel porquerizo, entre tanto, acompañaba a Ulises hasta la ciudad, capital de su propio reino. El héroe llevaba puestas sus ropas harapientas y un zurrón destrozado colgado de un hombro. La gente que pasaba por su lado se burlaba de tanta miseria y él contenía su ira y seguía adelante.

Así, sin que nadie lo reconociera, llegó Ulises a las puertas mismas del palacio. Allí, tendido al sol, sobre el polvo, descansaba Argos, el perro que un día fuera orgullo de las jaurías del monarca y que ahora estaba decrépito, casi moribundo. Y éste sí que reconoció a su amo; éste sí que reconoció a Ulises.

Quiso correr a su encuentro alegremente, meneando la cola, jubiloso y dando grandes saltos gozosos, como en otros tiempos. Pero le fue imposible; tan viejo estaba el pobre animal, que no pudo hacer otra cosa que mirar dulcemente a su amo, con sus ojos casi ciegos, y menear la cola más vivamente que antes. Y fue tal su gozo que, antes de que Ulises pudiera dirigirle una palabra, el corazón del fiel animal estalló. El viejo Argos cayó muerto a los pies de su amo.

Lloró el héroe ante el cadáver de su mejor amigo. Se sentó a la puerta del palacio y comió los manjares que Telémaco le hizo llevar, tratándolo siempre como si fuera un mendigo. Cuando hubo concluido de comer, entró en la sala donde estaban los pretendientes, para pedir limosna. Algunos de aquellos hombres se dignaron darle los peores restos de la comida, otros lo insultaron, arrojándolo de la sala, y uno, en fin, más infame que los demás, lo golpeó con un banquillo. Ulises contuvo su ira y, con el zurrón lleno de los restos de la comida que le dieran los nobles, volvió a sentarse en la puerta. Entre tanto, los pretendientes de la reina comían y bebían alegre y espléndidamente. Todo el día permanecieron festejándose y sólo al llegar la noche se marcharon a sus casas.

Cuando se alejaron, Ulises y Telémaco juntos tomaron los cascos, las espadas, lanzas y escudos que habían dejado los nobles en la sala y los escondieron en una habitación apartada. Telémaco se fue a descansar, pero

Ulises permaneció mezclado entre los criados que limpiaban la sala del banquete. Cuando los servidores terminaron su tarea, llegó Penélope con algunas damas y se sentó en un sillón junto al fuego.

Al ver al anciano mendigo, la reina le dirigió la palabra con mucha bondad. Y le dijo a la nodriza que estaba con ella:

–Este hombre parece venir de muy lejos. Lávale los pies, que los tendrá cansados.

La anciana nodriza se dispuso a cumplir lo que le mandaba su señora. A aquellos que no lo sepan tenemos que contarles que, siendo Ulises muy joven, durante una cacería, un jabalí se volvió contra él y lo hirió en un tobillo, dejándole al héroe una señal imborrable.

Cuando la anciana nodriza comenzó a lavarle los pies al mendigo, vio la cicatriz de la mordedura del jabalí y lanzó tal grito de alegría y sorpresa y se agitó de tal modo que el baño de bronce que sostenía en la mano se le cayó al suelo, derramándose el agua.

–¡Tú eres Ulises! –dijo–. Te he reconocido al ver esta cicatriz.

Pero en ese momento, para que Penélope no escuchara, la diosa Atenea oscureció la mente de la reina. No oyó, pues, la exclamación de la buena mujer, y Ulises tuvo tiempo de advertirla para que no lo descubriera.

La triste Penélope se retiró al fin a descansar, pero antes dijo melancólicamente al mendigo:

–Mucho me alegro de haber podido favorecerte antes de dejar de ser reina de Itaca. Pronto tendré que abandonar el palacio de Ulises. Mi esposo, el héroe más grande que jamás ha existido, tenía la costumbre de colocar estas doce hachas una al lado de la otra en la pared y solía ejercitarse en el juego de clavar con gran precisión, entre cada una de ellas, una flecha disparada por su brazo. Acosada por mis pretendientes y descubierto mi ardid de la tela que nunca se acaba, les he dicho que me casaría con el que en tal ejercicio lograse hacer lo que hacía mi esposo. En cuanto alguno lo consiga, deberé abandonar esta casa por mí tan amada.

Sonrió el mendigo y, tomando entre las suyas una mano de la reina, le dijo:

–Cuando se celebre ese concurso, Ulises se encontrará aquí y él, disparando las doce flechas, como en los mejores tiempos de su juventud, será quien consiga el premio.

Deseó la reina que tales palabras fueran verdaderas, pero no pudo creerlas. Y, como tantas otras noches, en aquella, víspera de su felicidad, humedeció la almohada de su lecho con las más amargas lágrimas.

Al llegar el siguiente día, el mendigo misterioso no había abandonado aún el palacio. Los pretendientes de la reina volvieron a mofarse de él, más el joven príncipe les dijo:

–Quien ose hacer daño a este anciano, tendrá que habérselas conmigo.

Y los pretendientes volvieron a reírse a grandes carcajadas de lo que creían una fanfarronada del joven príncipe. Pero entonces una voz resonó entre ellos con acento temeroso:

–¡Veo, nobles de Itaca, vuestras manos amortajadas de negro y vuestras mejillas bañadas de lágrimas! ¡Veo las paredes de este palacio teñidas de sangre y por su pórtico pasar pálidos espectros que salen de la neblina que inunda el palacio!

Los nobles reían a carcajadas cuando Penélope, llevando en una mano el arco de Ulises, entró a la sala. Lloraba lágrimas amarguísimas porque su corazón rebosaba de amor por su esposo y se le hacía insufrible la idea de tener que contraer nuevo matrimonio. Dejó el arco en manos de su hijo y se retiró para no tener que presenciar el juego.

Telémaco colocó las doce flechas de bronce y dio el arco de su padre al primero de los pretendientes. Pero el noble no logró siquiera encorvar el pesado arco. Y lo mismo les sucedió a todos, uno tras otro.

Imaginaban los presentes, murmurando entre sí, que no existiría hombre capaz de tirar con aquel arco tan potente una sola flecha, cuando el anciano mendigo lo tomó entre sus manos. Todos se echaron a reír de su jactancia, pero su burla se trocó en pavor cuando vieron que el anciano, una tras otra, clavaba las doce saetas en los huecos que dejaban las hachas.

En medio del espanto de todos, Ulises arrancó sus harapos, ya recuperada su real presencia, y dijo con voz que resonó en todo el palacio:

–¡Ya ha terminado el concurso terrible! ¡Ya soy dueño de mi esposa y de mi palacio! Tiremos ahora a otro blanco.

E inmediatamente disparó otra flecha contra uno de los nobles, contra aquel que la noche antes lo había golpeado con el banquillo. El insolente fue herido en el cuello y cayó muerto al suelo.

Entre tanto, Ulises, con voz que hacía temblar a aquellos cobardes, gritaba:

–¡Perros cortesanos!, creían que no volvería nunca más, ¿verdad? Por eso, como codiciosos traidores, dilapidaron mi fortuna e insultaron a la reina y al príncipe. Pues yo vivo aún, y, en cambio, para vosotros ha llegado la muerte. Los cobardes se arrodillaron ante el héroe lívidos de miedo, pero él no tuvo piedad y, seguido sólo de su hijo, de Mentor y del fiel porquerizo, hizo frente a toda aquella caterva de codiciosos infames.

A pesar de que todos los nobles hicieron sacar de la armería escudos, cascos y lanzas y de que estaban en número mucho mayor que el de Ulises y los suyos, fueron vencidos. Su sangre empapó el suelo y, cuando cesó la lucha, Ulises estaba rodeado por los cadáveres de sus enemigos. En ese momento entró en la sala la vieja nodriza. Ante aquel espectáculo lanzó un grito de horror, pero enseguida la alegría se sobrepuso al espanto.

Corriendo, subió a la estancia en que se hallaba Penélope.

–¡Alégrate, hija mía: tú esposo ha regresado y ha dado muerte a todos los pretendientes! –gritó.

En un principio, por su inmensa tristeza, la reina creyó que la feliz noticia era demasiado buena para ser cierta y hasta dudó de la cordura de la fiel anciana. No obstante, bajó corriendo a la sala y vio a Ulises apoyado en una columna, descansando de la lucha. Y apenas pudo creer que fuera verdad lo que veían sus ojos.

Como vacilara un instante, no creyéndole a sus ojos, Telémaco tuvo que decirle:

–¿Tan endurecido está tu corazón, madre mía, que ya no conoces a mi padre?

Entonces sí la reina vio y reconoció al héroe, a quien Atenea había devuelto su apariencia natural, tan bello como un dios que hubiese descendido a la Tierra. Avanzó con paso rápido hacia su esposo y se abrazó a él durante largo rato, como el náufrago que asido a una frágil tabla llega a tierra y, con ello, el final de sus sufrimientos.

Así terminaron las extraordinarias aventuras de Ulises y su continuo errar por tierras y mares, iniciándose, para siempre, una felicidad bien merecida.

